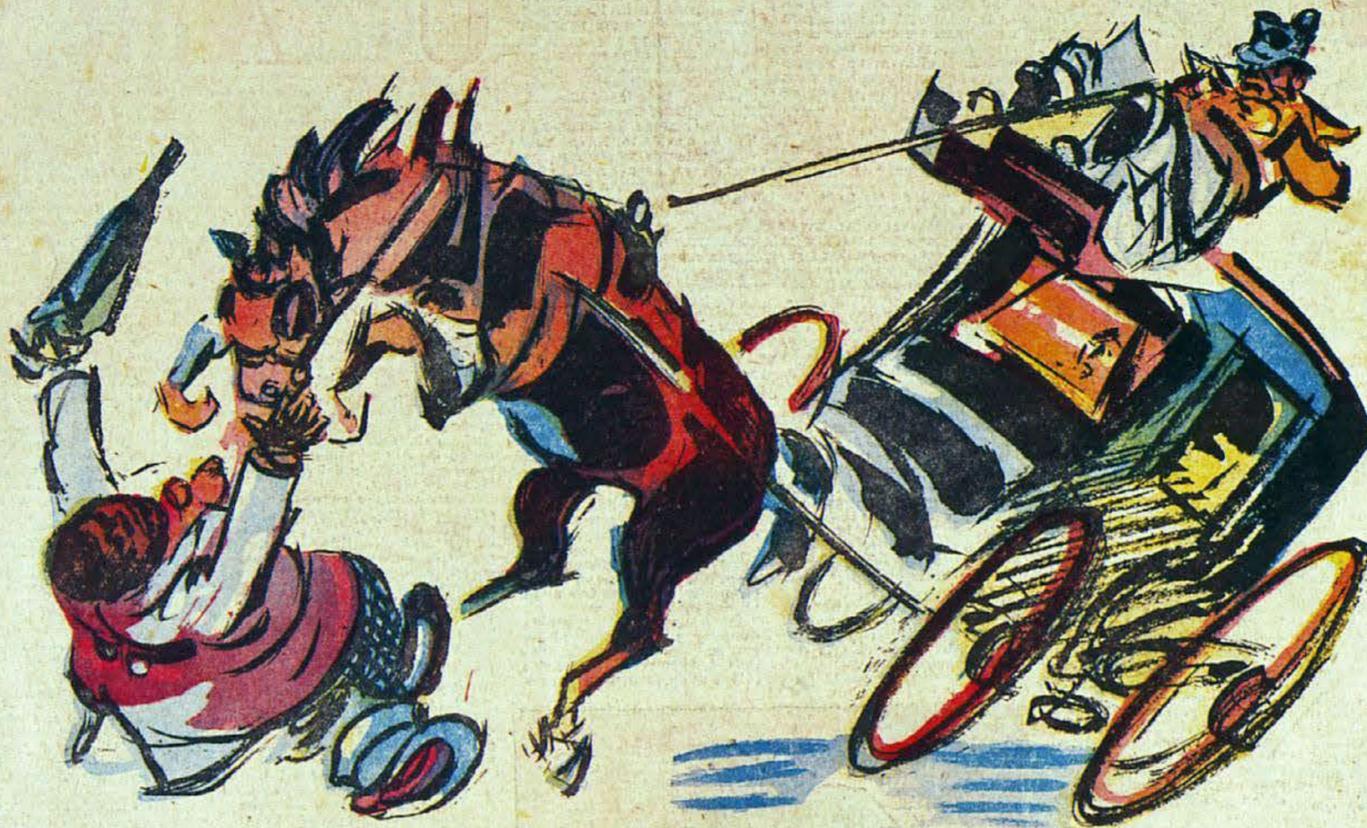


★ Historia Universal de la Infamia ★

SE nombre le doy, por que bajo ese nombre lo conocieron por calles y por casas de Talcahuano, de Santiago de Chile y de Valparaíso, hacia 1850, y es justo que lo asuma otra vez, ahora que retorna a estas tierras — siquiera en calidad de mero fantasma y de pasatiempo del sábado. El registro de nacimientos de Wapping lo llama Arturo Orton y lo inscribe en la fecha 7 de junio de 1834. Sabemos que era hijo de un carnicero, que su infancia conoció la miseria insipida de los barrios bajos de Londres y que sintió el llamado del mar. El hecho no es insolito. *Run away to sea*, huir al mar, es la rotura inglesa tradicional de la autoridad de los padres, la iniciación heroica. La geografía la recomienda y aun la Escritura (Salmos, CVII). *Los que bajan en barca a la mar, los que comercian en las grandes aguas; esos ven las obras de Dios y sus maravillas en el abismo.* Orton huyó de su deplorable suburbio color rosa lizado y bajó en un barco a la mar y contempló con el habitual desengaño la Cruz del Sur y desató en el puerto de Valparaíso. Era persona de una sogaada idiotez. Lógicamente, hubiera podido (y debido) morirse de hambre, pero su confusa jovialidad, su permanente sonrisa y su mansedumbre infinita le conciliaron el favor de cierta familia de Castro, cuyo nombre adoptó. De ese episodio sudamericano no quedan huellas, pero su gratitud no decayó, puesto que en 1861 reapareció en Australia, siempre con ese nombre: Tom Castro. En Sydney conoció un tal Bogle, un negro sirviente. Bogle, sin ser hermozo, tenía ese aire reposado y monumental, esa solidez como de obra de ingeniería, que tiene el hombre negro entrado en años, en carnes y en autoridad. Tenía una segunda condición, que de-



del anticuario Francis J. Bageant. Ello no obstaba, con todo, Bogle pensó que para ganar la partida era imprescindible el favor de una fuerte corriente popular. Requirió el sombrero de copa y el decente paraguas y fué a buscar inspiración por las decorosas calles de Londres. Era el atardecer; Bogle vagó hasta que una luna del color de la miel se duplicó en el agua rectangular de las fuentes públicas. El dios lo vistió. Bogle chistó a un carraño y se hizo conducir al departamento del anticuario Bageant. Este mandó una larga carta al *Times*, que aseguraba que el supuesto Tichborne era un descarado impostor. La firmaba el padre Goudron, de la Sociedad de Jesús. Otras denuncias igualmente papistas la sucedieron. Su efecto fué inmediato: Las buenas gentes no dejaron de advertir que Sir Roger Charles era blanco de un complot abominable de los jesuitas.

EL CARRUAJE.

Ciento noventa días duró el proceso. Alrededor de cien testigos prestaron fe de que el acusado era Tichborne—entre ellos, cuatro compañeros de armas del regimiento seis de dragones. Sus partidarios no cesaban de repetir que no era un impostor, ya que de haberlo sido hubiera procurado remedar los retratos juveniles de su modelo. Además, Lady Tichborne lo había reconocido y es evidente que una madre no se equivoca. Todo iba bien, o más o menos bien, hasta que una antigua querida de Orton compareció ante el tribunal para declarar. Bogle no se inmuto con esa pérfida manobra de los "parientes"; requirió galera y paraguas y fué a implorar una tercera iluminación por las decorosas calles de Londres. Ignoramos si la encontró. Poco antes de llegar a Primrose Hill, lo alcanzó el terrible ve-



roso, pelo ensortijado castaño, ojos doradillosos y conversación ausente o horrosa. Bogle inventó que el deber de Orton era embarcarse en el primer vapor para Europa y satisfacer la esperanza de Lady Tichborne, declarando ser su hijo. El proyecto era de una insensata ingenuidad. Busco un fácil ejemplo. Si un impostor hacia 1914, hubiera pretendido hacerse pasar por el Emperador de Alemania, lo primero que habría falsificado eran los bigotes ascendentes, el brazo muerto, el estropeo autoritario, la capa gris, el lustre pecho, condecorado y el alto yelmo. Bogle era más sutil: hubiera presentado un kaiser lampiño, ajeno de atributos militares y de aguilas honorosas y con el brazo izquierdo en un estado de indudable salud. No precisamos la metáfora; nos consta que presentó un Tichborne fofó, con sonrisa amable de imbecil, pelo castaño y una ignorancia inmejorable del idioma francés. Bogle sabía que

El Impostor Inverosímil Tom Castro

un facsimil perfecto del anhelado Roger Charles Tichborne era de imposible obtención. Sabía también que todas las similitudes logradas no harían otra cosa que destacar ciertas diferencias inevitables. Renunció, pues, a todo parecido. Intuyó que la enorme ineptitud de la pretensión sería una convincente prueba de que no se trataba de un fraude, que nunca hubiera descuidado de ese modo flagrante los rasgos más sencillos de convicción. No hay que olvidar tampoco la colaboración todopoderosa del tiempo: catorce años de hemisferio austral y de

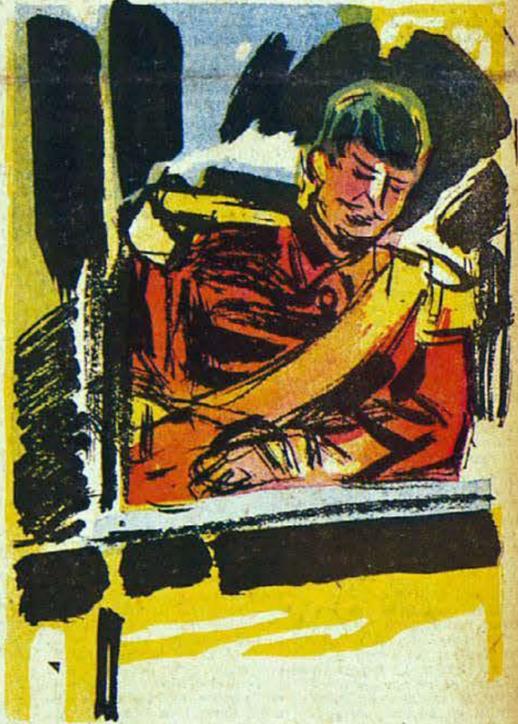
azar pueden cambiar un hombre. Otra razón fundamental: Los repetidos e insensatos avisos de Lady Tichborne demostraban su plena seguridad de que Roger Charles no había muerto, su voluntad de reconocerlo.

EL ENCUENTRO.

Tom Castro, siempre servicial, escribió a Lady Tichborne. Para fundar su identidad invocó la prueba fehaciente de dos lunares ubicados en la tetilla izquierda y de aquel episodio de su niñez, tan afligente pero por lo mismo tan memorable, en que lo

acometió un enjambre de abejas. La comunicación era breve y prescindía de escrupulos ortográficos, como Tom Castro y Bogle. En la imponente soledad de un hotel de París, la dama se levó y la releyó con lágrimas felices, y en pocos días encontró los recuerdos que le pedía su hijo.

El dieciséis de enero de 1867, Roger Charles Tichborne se anunció en ese hotel. Lo precedió un respetuoso sirviente, Ebenezer Bogle. El día de invierno era de muchísimo sol; los ojos fatigados de Lady Tichborne estaban velados de llanto. El negro abrió de par en par las ventanas. La luz hizo de máscara; la madre reconoció al hijo prodigo y le franqueó su abrazo. Ahora que de veras lo tenía, podía prescindir del diario y las cartas que escribía para ella desde el Brasil; meros reflejos adorados que habían alimentado su soledad de catorce años lóbregos. Se la devolvía con orgullo; ni una fallaba.



Bogle sonrió con toda discreción: ya tenía dónde documentarse el plácido fantasma de Roger Charles.

AD MAJOREM DEI GLORIAM

Ese reconocimiento dichoso—que parece cumplir una tradición de las tragedias clásicas—debió coronar esta historia, dejando tres felicidades aseguradas a lo menos probables: la de la madre verdadera, la del hijo apócrifo y tolerante, la del conspirador recompensado por la apoteosis providencial de su Industria. El Destino (un conveniente nombre que aplicamos a la infinita operación incesante de millares de causas entrecruzadas) no lo resolvió así. Lady Tichborne murió en 1870 y los parientes establecieron querrela contra Arthur Orton por usurpación de estado civil. Desprovisto de lágrimas y de soledad pero no de codicia, jamás creyeron en el obeso y casi analfabeto hijo prodigo que resurgió tan intempestivamente de Australia. Orton contaba con el apoyo de los innumerables acreedores que habían determinado que él era Tichborne, para que pudiera pagarlos.

Asimismo contaba con la amistad del abogado de la familia, Edward Hopkins y con la

hículo que desde el fondo de los años lo perseguía. Bogle lo vió venir, lanzó un grito, pero no atinó con la salvación. Fué proyectado con violencia contra las piedras. Las patas macedoras del jamego le partieron el cráneo.

EL ESPECTRO.

Tom Castro era el fantasma de Tichborne, pero un pobre fantasma habilitado por el genio de Bogle. Cuando le dijeron que éste había muerto se aniquiló. Siguió mintiendo, pero con escasos entusiasmos y con disparatadas contradicciones. Era fácil prever el fin.

El 27 de febrero de 1874, Arthur Orton (alias) Tom Castro fué condenado a catorce años de trabajos forzados. En la cárcel se hizo querer: era su oficio. Su comportamiento ejemplar le valió una rebaja de cuatro años. Cuando esa hospitalidad final lo dejó—la de la prisión—recorrió las aldeas y los centros del Reino Unido, pronunciando pequeñas conferencias en las que declaraba su inocencia o afirmaba su culpa. Su modestia y su anhelo de agradar eran tan duraderos que muchas noches comenzó por defensa y acabó en confesión, siempre al servicio de las inclinaciones del público. El 2 de abril de 1898 murió.

terminados manuales de etnografía han negado a su raza la ocurrencia genial. Ya verán, mas luego la prueba. Era un varón morigerado y decente, con los antiguos apetitos africanos muy corregidos por el uso y abuso del calvinismo. Fuera de las visitas del dios (que describiremos después) era absolutamente normal, sin otra irregularidad que un pudoroso y largo temor que lo demoraba en las bocacalles, recelando del este, del oeste, del sur y el norte, el silencio, vehículo que daría fin a sus días.

Orton lo vió un atardecer en una desmantelada esquina de Sydney, creándose decisión para sorrear la imaginaria muerte. Al rato largo de mirarlo, le ofreció el brazo y atravesaron asombrados los dos la calle inofensiva. Desde ese instante de un atardecer ya difunto, un protectorado se estableció: el del negro inseguro y monumental Wapping. En setiembre de 1865, ambos leyeron en un diario local un desolador aviso.

EL IDOLATRAMO HOMBRE MUERTO

En las postrimerias de abril de 1854 (cientras Orton provocaba las efusiones de la hospitalidad chilena, amplia como

sus patios) naufragó en aguas del Atlántico el vapor *Mormaid*, procedente de Río de Janeiro, con rumbo a Liverpool. Entre los que perecieron estaba Roger Charles Tichborne, militar inglés criado en Francia, mayorazgo de una de las principales familias católicas de Inglaterra. Parece inverosímil, pero la muerte de ese joven afrancesado, que hablaba inglés con el más fino acento de París y despertaba ese incomparable rencor que sólo causan la inteligencia, la gracia y la pedantería francesas, fué un acontecimiento trascendental en el destino de Orton, que jamás lo había visto. Lady Tichborne, horrorizada a madre de Roger, rehusó creer en su muerte y publicó desconsolados avisos en los periódicos de más amplia circulación. Uno de esos avisos cayó en las blandas manos funerarias del negro Bogle, que concibió un proyecto genial.

LAS VIRTUDES DE LA DISPARIDAD.

Tichborne era un esbelto caballero de aire envidiado, con los rasgos agudos, la tez morena, el pelo negro y lacio, los ojos vivos y la palabra de una precisión ya molesta; Orton era un palurdo desbordante, de vasto abdomen, rasgos de una infinita vaguedad, cutis que tiraba a pe-

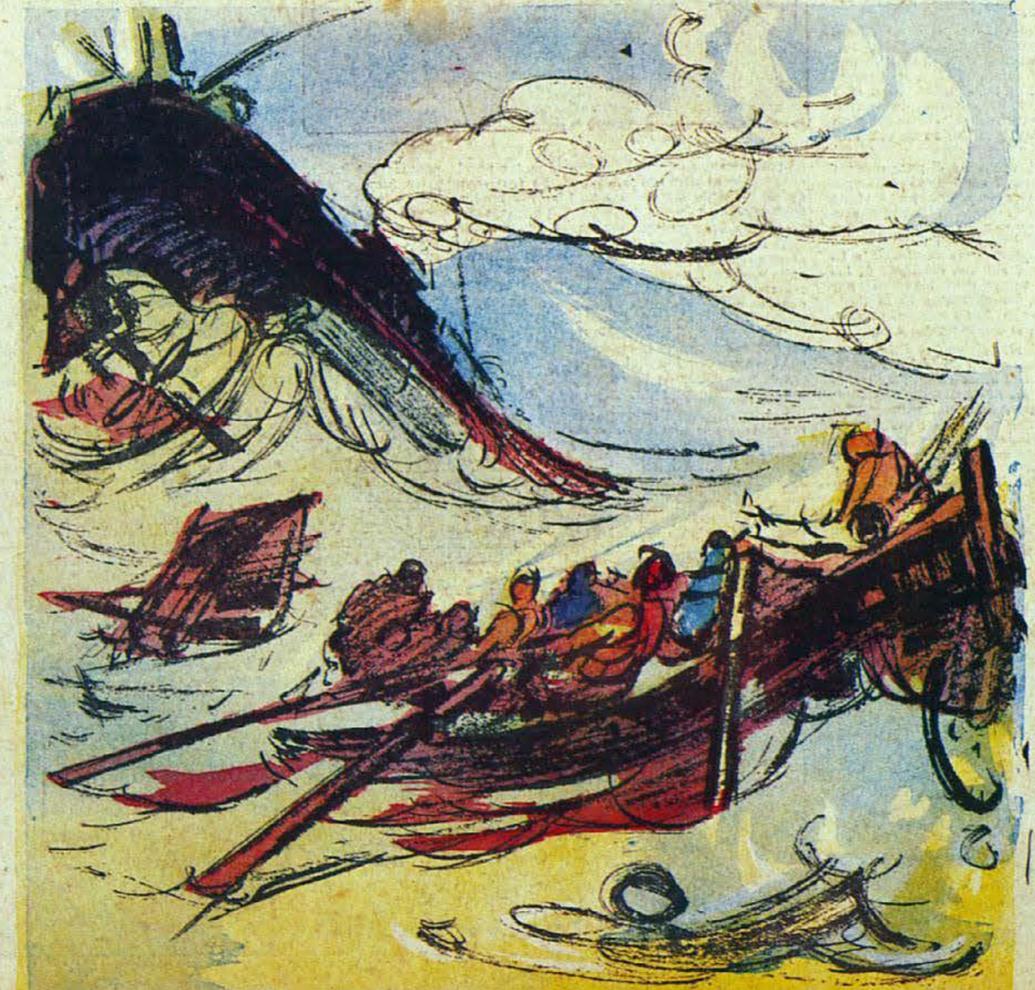
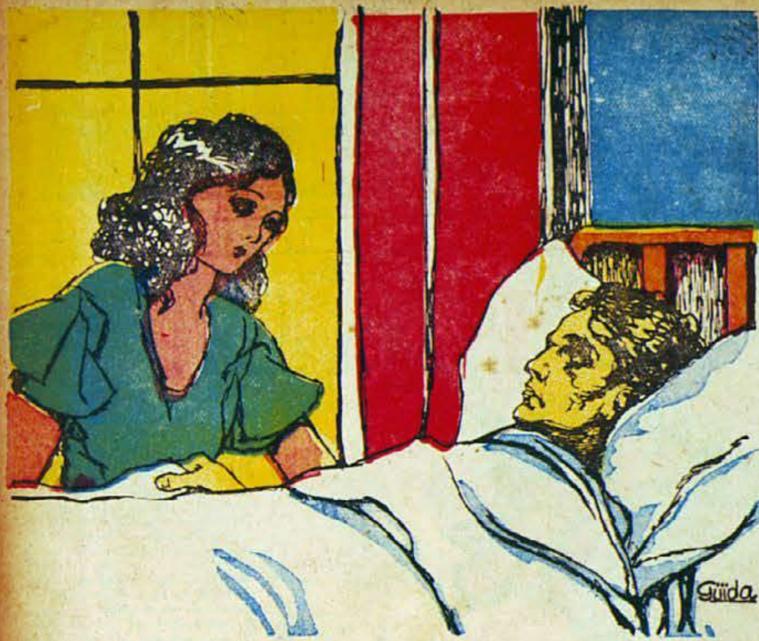


Ilustración de
PARPAGNOLI

por
JORGE LUIS BORGES



La Soledad

por Sara de Etcheverts

Ilustración de Güida

Las ventanas están abiertas. Las seis de la tarde. A esta hora, todos los días, Hugo pide que le abran las ventanas.

Su mano flaca, desgarrada, se deja estar entre las mías, temazamente. Miramos, una vez más, el valle. La sierra, que parece aguardar siempre algo, se hace espectral en la contemplación. Ya van para cinco meses que estamos aquí, en San Esteban.

Yo quiero hablar. Yo debo hablar a este hombre que no tardará en morir. Ahora, ahora mismo, porque mañana ya no será posible.

Virginia... Me sumerjo en su mirada gris, desahogada como sus manos, como su cuerpo, como su voz. Me inclino, amurallada por la soledad de mis palabras.

Hugo... Hablar, decirle, ahora que me mira, que esos cinco años de convivencia no le pertenecieron...

—¿Qué día para nacer de nuevo, Virhú?

Miro la sierra, las nubes que la asfixian. El calor enerva. Las piedras blancas, ardidas, exaltan caminos absurdos. Estoy tentada de dejar este cuarto de enfermo incurable y trepar con mis piernas fuertes y mi voz clara que quiere decir un secreto, liberar palabras y lanzarlas a los cuatro límites donde la cumbre crece en infinito.

—Virhú... Virhú, lejana, forastera, que engarzó la primera sílaba de su nombre con la primera del de Hugo, superchería propia, exacerbada de una noche que no pudo ser de Hugo...

Hablar, librarne, ser perdonada, retornar a mi pureza. Desangrarme en palabras irreparables, pero claras, crepitantes. Nacer de nuevo, ser virgen de nuevo...

—Virhú... Su mirada se improvisa de realidad. Me mira. Me desnuda con esos ojos acelerados por el deseo. Presente su larga, torturada voluptuosidad de enfermo.

—Chiquillina mía! Me libro de esos dedos que no hacen más que retorcerse, de sus ojos que llanean, resecan. Ah! Si él me arrastra en el acceso, tendrá la revelación de mi vida, de mi verdadera vida, montada con un engranaje metódico de mentira, de perversidad, de ignominia, de egoísmo.

—Hablémos, Hugo; quiero hablarte. Me sonrío, blanco, calcinado. Su mirada se improvisa fuerte, casi dominadora. ¡Llegará a reducirme!

—Me cansa hablar, Virhú. Se contiene. Ya no sonrío. Se ausenta, se escamotea, totalmente. Silencio; un silencio frío, coñido de soledad: mía y suya.

Algo se levanta, se mueve, echa a andar: los ojos, los ojos de Hugo, arrojados por el delirio.

—Más cerca, Virhú. Aguarda mi caricia, mi pasividad, la farsa sostenida tan admirablemente durante cinco años. Intenta abrazarme, pero su cabeza cae sobre la almohada.

—¿Te acuerdas, Virhú? Me pierdes, sus palabras me pierden. Si recuerda, si se atreve a sugerir, todo el pasado, en desprendimiento de episodios, se hundiría. Y en este momento, tengo miedo... Y como tantos días y noches, mis hermosos labios rojos mientan para crearle la nueva realidad.

—adelante, Hugo, hay que mirar de frente. Sonríe, blandido por una esperanza. Un caudal de vida nueva llena sus pulmones perforados.

—¡Noñemos, viejo. La vida es nuestra, más linda que nunca. —Vijáremos, Virhú. —¿Dónde quieras, haremos lo que tú quieras.

Soniar es crear. Yo estoy creando una vida que no vendrá nunca y que no podremos compartir jamás.

Sobre esa mentira, asentada con un beso por demás viviente, Hugo se duerme, aprendiendo a morir.

La fiebre ha bajado algo. Estoy libre por algunas horas. Me quedo a su lado. Ahora soy yo la que recuerda, la que tiene la voluptuosidad de recordar. Sola, mi cabeza rozando la suya, sobre la miama almohada.

Mis ojos se clavaban en la sombra y mi silencio se realizaba como una visión en la soledad de las palabras nunca dichas. "Cinco años de convivencia, Hugo. Te parecieron hermosos, bien saciados. Pero ya estaba a muchas leguas de tí. Nunca nos comprendimos. Y en el andar de los días, en la vida en común, regulada con un horario, yo, en evasión de mi fracaso humano frente a tu indiferencia y a tu egoísmo, frecuenté otro círculo. Un nombre surge, invasor, integral: Gerardo. Y sentí que mi personalidad de mujer se expresaba por primera vez...

—Debí haber hablado entonces, Hugo. ¿Por qué no lo hice y seguí el destino aventurero de ese hombre, que respondía más a mi naturaleza que esta vida sedentaria en la que los dos no hacemos más que morir un poco todos los días?

—Si, Hugo, la vida me expresaba! Me hice mujer en una in-

—Virhú... Su mirada se improvisa de realidad. Me mira. Me desnuda con esos ojos acelerados por el deseo. Presente su larga, torturada voluptuosidad de enfermo.

—Chiquillina mía! Me libro de esos dedos que no hacen más que retorcerse, de sus ojos que llanean, resecan. Ah! Si él me arrastra en el acceso, tendrá la revelación de mi vida, de mi verdadera vida, montada con un engranaje metódico de mentira, de perversidad, de ignominia, de egoísmo.

—Hablémos, Hugo; quiero hablarte. Me sonrío, blanco, calcinado. Su mirada se improvisa fuerte, casi dominadora. ¡Llegará a reducirme!

—Me cansa hablar, Virhú. Se contiene. Ya no sonrío. Se ausenta, se escamotea, totalmente. Silencio; un silencio frío, coñido de soledad: mía y suya.

Algo se levanta, se mueve, echa a andar: los ojos, los ojos de Hugo, arrojados por el delirio.

—Más cerca, Virhú. Aguarda mi caricia, mi pasividad, la farsa sostenida tan admirablemente durante cinco años. Intenta abrazarme, pero su cabeza cae sobre la almohada.

—¿Te acuerdas, Virhú? Me pierdes, sus palabras me pierden. Si recuerda, si se atreve a sugerir, todo el pasado, en desprendimiento de episodios, se hundiría. Y en este momento, tengo miedo... Y como tantos días y noches, mis hermosos labios rojos mientan para crearle la nueva realidad.

—adelante, Hugo, hay que mirar de frente. Sonríe, blandido por una esperanza. Un caudal de vida nueva llena sus pulmones perforados.

—¡Noñemos, viejo. La vida es nuestra, más linda que nunca. —Vijáremos, Virhú. —¿Dónde quieras, haremos lo que tú quieras.

Soniar es crear. Yo estoy creando una vida que no vendrá nunca y que no podremos compartir jamás.

Sobre esa mentira, asentada con un beso por demás viviente, Hugo se duerme, aprendiendo a morir.

La fiebre ha bajado algo. Estoy libre por algunas horas. Me quedo a su lado. Ahora soy yo la que recuerda, la que tiene la voluptuosidad de recordar. Sola, mi cabeza rozando la suya, sobre la miama almohada.

Mis ojos se clavaban en la sombra y mi silencio se realizaba como una visión en la soledad de las palabras nunca dichas. "Cinco años de convivencia, Hugo. Te parecieron hermosos, bien saciados. Pero ya estaba a muchas leguas de tí. Nunca nos comprendimos. Y en el andar de los días, en la vida en común, regulada con un horario, yo, en evasión de mi fracaso humano frente a tu indiferencia y a tu egoísmo, frecuenté otro círculo. Un nombre surge, invasor, integral: Gerardo. Y sentí que mi personalidad de mujer se expresaba por primera vez...

—Debí haber hablado entonces, Hugo. ¿Por qué no lo hice y seguí el destino aventurero de ese hombre, que respondía más a mi naturaleza que esta vida sedentaria en la que los dos no hacemos más que morir un poco todos los días?

—Si, Hugo, la vida me expresaba! Me hice mujer en una in-

—Virhú... Su mirada se improvisa de realidad. Me mira. Me desnuda con esos ojos acelerados por el deseo. Presente su larga, torturada voluptuosidad de enfermo.

—Chiquillina mía! Me libro de esos dedos que no hacen más que retorcerse, de sus ojos que llanean, resecan. Ah! Si él me arrastra en el acceso, tendrá la revelación de mi vida, de mi verdadera vida, montada con un engranaje metódico de mentira, de perversidad, de ignominia, de egoísmo.

—Hablémos, Hugo; quiero hablarte. Me sonrío, blanco, calcinado. Su mirada se improvisa fuerte, casi dominadora. ¡Llegará a reducirme!



El Funesto

13

E

RA de noche en el barrio de los negros. La calle Caracas, corta y tajante como una cuchilla, se iluminaba con las lucecitas de las casas de madera o latón, que abundan en aquel barrio. Casas primitivas, como las tócherías de África, las cuales encierran colonias de negros.

Juan Aparicio regresaba a su casa, borracho. Tropezó con una columna de tranvía, insultó a otro negro que estaba parado en la puerta del almacén; pero no se atrevió a arremeter al almacenero, al cual todos los blancos insultaban; y un respeto casi religioso, de raza a raza, detuvo su lengua en el momento preciso en que iba a decir: ¡caray!

Siguió insultando al aire, insultando a su madre, al diablo negro, insultando a su mujer, a sus hijos...

Y continuó de ese modo, haciendo esas, haciendo equis con los pies. Mirada de arriba su silueta debería parecerse a la de un bailarín de jazz-band cabrolando con las piernas sobre el piso luminoso de un escenario.

—Llegó a la casa que tenía el número trece de la calle Caracas. Miró el número con asombro, porque lo vio más negro que nunca y más grande, también. Aquel número se agigantaba, crecía. Lo vio de pronto como una culebra que se enroscaba sobre sí misma; lo vio, después, como un signo de interrogación, a un maravilloso ser carnal cuyo resurgimiento te pertenecía por completo. No suponía más tardes escamoteadas, ni llegaste a ver la máscara de plata que yo me ponía para recibir tus caricias.

—Me admiraste, creíste hablarle frente a una revelación de mujer completamente ignorada, a un maravilloso ser carnal cuyo resurgimiento te pertenecía por completo. No suponía más tardes escamoteadas, ni llegaste a ver la máscara de plata que yo me ponía para recibir tus caricias.

—No tardaré en aclarar y Hugo no despierta. Siempre, por todo, como un bloque de sombras y de rumores imprecisos, el sueño de Hugo, y yo, en la soledad de mis palabras...

—Me inclino hasta rozar la frente de mi marido con mis labios. Y ahí, en esa claridad tibia, siguen saliendo las voces de tantas cosas que nunca serán oídas...

—No te acordarás ya, Hugo, pero yo sí: tú goraste, como hubieras gorado con el nacimiento de un hijo, de mi advenimiento de mujer... Te sabías dueño porque tenías parte de mi vida en tus manos y eso te bastaba para saciar, ampliamente, tu vanidad viril. Pero detrás de tu pequeña felicidad, él, el otro, el creador, tenía que vivir su pasión al margen, conformarse con las horas escasas que yo le podía dar, hacer de la verdad de su vida un simulacro, una apariencia, una ficción. Hasta que no se resignó y se fué en la tremenda derrota sin lucha...

—Tal vez me espere. Ahora que tú partirás también, con una sonrisa de felicidad, la que yo te contagié, iré a su encuentro. Eso no significa gran cosa para tí. Cinco años de sacrificio envejecen el corazón de un hombre y la ilusión de una mujer.

—Si, volveré a él para que me torture. El no hará más que esgrimir la fantasma, a toda hora; lo conozco. Siempre sentirá en carne viva, en carne roja, la hora de mi desdén: lo dejó partir por quererme a tu lado. Y con ese tormento de los dos, me marcharé hacia nuestra vejez, hacia nuestra muerte, hacia el retorno total a tí...

—Y ahora, yo te pregunto, Hugo: ¿he sido culpable? Yo amé y el amor en mí nació maldito. Lo que pudo ser una fuerza pura, se hizo fraude y traición. La vida me llenó de posibilidades, de las que no supe aprovechar más que un cuarto de hora de delirio. Porque aquella plenitud, aquel gozo creador no volverá...

—Aclara. Un día menos para todos, Hugo...

Las cavilaciones desaparecieron para dejar lugar a una resolución férrea, robustecida por las cinco o seis ginebras bebidas de suplemento en el almacén, una resolución que le gritaba jadelante y luchaba contra todas las supersticiones de los negros; una de esas resoluciones que vencen a los hombres de su raza a pesar de todas las dudas, de las indecisiones racionales, de los vanos temores, una resolución que le dijo imperativamente: ¡Entra!

Y el negro entró. Abrió la puerta, que ninguna resistencia ofreció a la presión suave de los dedos, pues la había dejado abierta.

La única pieza-casa donde moraba la familia, era pequeña. Allí dormían su mujer y los hijos estirados en sendas camas. La mujer reposaba a pierna suelta en una cama de dos plazas, y los negritos, en otra, todos juntos, arrolladitos y encogidos de frío.

El negro Juan no veía nada. Su vista se nublaba y un redondel brillante la ocupaba. En lugar de una mujer veía dos mujeres, en vez de cinco, diez hijos; pero nada de eso le inquietaba, ni se suponía siquiera polígamo como sus antepasados de África.

Sin abrir la cama, se tiró al lado de la negra y quedó profundamente dormido abrazado a ella, y con los ojos cerrados dirigidó hacia el cielo del techo.

Etelvino Núñez vivía en el número 13 de la calle Caracas. La casa, como todas las de aquel barrio, era de lata y una sola pieza no muy amplia servía de alojamiento a su numerosa prole, compuesta de cinco negritos y a su esposa, llamada Isidora, una negra joven de cimbreante figura y finas piernas.

Aquella noche, Etelvino, portero de uno de los Bancos más importantes de Montevideo, regresaba rumbo a su casa. Había estado jugando a las cartas con unos amigos en un cafetín de la calle Colonia y regresaba alegremente, silbando un tango. Contó veinte pesitos y dos ajetados papeles de un peso y toda su mugrienta plata sumaba tres pesos. ¡Tres pesos! ¡Tamaño fortuna para el día de mañana: chocolate y juguetes para los negritos y chafalóna para la patrona!

Al llegar cerca del número 13 recordó que había dejado la puerta abierta. No lo hará más, pensó. ¡Es peligroso dejar la casa de un hombre honrado, por más pobre que sea, a merced de cualquier ladrón, y además, el número 13 puede traer desgracia!... De pronto recordó una canción:

Yo me llamo Francisco Moreno que me vengo de confesá con el cura de la parroquia que me entiende la enfermedad Corumbé, Corumbé, Corumbé.

—¿Qué contenta se va a quedar negra Isidora con tres pesos pa' mañana! —agregó.

Las manos empujaron la puerta suavemente. Las manos del negro, que son como manchas negras en la noche. Cinco dedos ávidos abrieron la puerta, ayudados por la palanca del brazo.

El frío cortaba las narices y la helada blanqueaba como un poncho arrojado en medio del campo. Allí lejos, el cementerio del Buceo parecía una gelida calavera. Un afán de hogar tibio y dulce movía aquellos dedos.

La puerta se abrió sin mayor esfuerzo y los ojos del negro Etelvino dilatáronse de asombro. Cada vez más desorbitados, eran ya dos ruedas luminosas girando en la sombra.

Allí, en su casa, en la cama, acostado con su mujer y abrazándola indolentemente, boca arriba, estaba el negro Juan Aparicio, el negro trompeta y borrachín del número 40, de la calle Caracas.

—¡Ah! negro bandido, dormido como estás, te voy a enseñar a destruir hogares, sabandija del diablo!

Más rápidos que las palabras fueron los movimientos. El negro sacó un cuchillo que siempre lo acompañaba, y sin más preámbulos, se lo hundió certeramente en el corazón de Juan Aparicio.

Juan Aparicio, con estertor de sapo aplastado, arrojó sangre por la boca y quedó frío para siempre.

La negra Isidora, chillaba proclamando su inocencia; pero Etelvino, solemnemente, como única y lacónica contestación, le dijo:

—Felicítate que no te mato a vos, también, cornuda. Al siguiente día, el barrio entero comentaba:

—Pero, mirá la negrita Isidora, tan callada que se la tenía.



Un Auto de Fe

E

l, dinámico Domingo de Guzmán —ven-

nerado más tarde como Santo Domingo— espíritu organizador y de empresa, fué el verdadero creador del Santo Oficio y no sólo trazó las bases de la institución, sino que fué hombre capaz de llevar la idea al terreno de la práctica.

Oriundo de Castilla la Vieja, su carácter inquieto lo llevó a otras tierras, hallándose en Francia, hacia el año 1200, obtuvo permiso del Papa para convertir y combatir a los Albigenses, con ánimo beatífico, se pusieron en campaña tratando de obtener la conversión de los herejes mediante el empleo de los medios de persuasión y de paz que sus sencillas mentes les indicaban.

La conversión pacífica y apostólica fué de escaso resultado práctico. Así lo comprendió Domingo de Guzmán, quien, convencido de que por tales medios poco o nada se lograría, obtuvo autorización del Pontífice para iniciar la campaña violenta contra los enemigos de la fe, organizando e implantando el terror religioso en el mediodía de Francia.

La autorización papal no comprendía la facultad de aplicar penas, debiendo los religiosos poner a disposición del poder secular a los convictos de herejía.

Dentro de tales normas, Domingo de Guzmán organizó la Santa Inquisición, que, como indica su nombre, se concretaba a obtener confesiones de los inculcados, llegando más tarde a la aplicación de sanciones penales, siendo la ejecución de las sentencias materia librada a las autoridades civiles. Dictó a tal efecto reglas de enjuiciamiento que formaron un verdadero cuerpo de leyes procesales, en las que la tortura, de común aplicación en la época, era empleada como arbitrio para la rápida obtención de confesiones.

Si bien el movimiento tuvo su origen en Francia, no fué mayormente difundida la Inquisición en este país, pues sus gobernantes tuvieron la visión de la funesta influencia de este Tribunal y cortaron de raíz su poderío por medio del edicto de Romorantin, obra de una de las grandes figuras de la vieja magistratura francesa.

Fuó su autor Miguel del Hospital, de quien se cuenta que habiéndoselo exigido que pusiera su firma en la sentencia de muerte del príncipe de Condé, supo exclamar: "Yo se morir, pero no deshonrarme". Y no firmó la injusta condena.

A raíz de la conjuración de Amboise, los Guise quisieron implantar la Inquisición, pero Miguel del Hospital consiguió disuadirlos de tal idea haciéndoles ver los males que acarrearía, salvando, por tanto, a Francia, de la tiranía del sombrío Tribunal.

Entre otras medidas de sana justicia, el edicto de Romorantin ordenaba que, si bien la autoridad civil no debía mezclarse en asuntos de la conciencia, los obispos y curas debían conducir a los descariados por medio de buenas razones y de nobles ejemplos. Castigaba, además, con la pena del Talió, a los autores de denuncias calumniosas.

El edicto salvó a Francia del flagelo que azotó a España desde el siglo XIII hasta el XVII.

La ejecución de las condenas se hacía en acto público rodeado de solemnidades a fin de que la expiación fuera intimidatoria y ejemplar. Estos ceremoniales han sido denominados Autos de Fe.

El 21 de marzo de 1559 tuvo lugar en Valladolid uno de los más renombrados.

La plaza del Mercado presentaba el aspecto de los días de grandes acontecimientos. Puede decirse que la población en masa concurre a presenciar el grandioso espectáculo que fué presidido por la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II, y Don Carlos, príncipe de Asturias, asistido por su mayordomo, el preceptor, e innumerable séquito de príncipes y señores y nutridas filas de caballeros y cortesanos.

Además, las autoridades civiles y eclesiásticas "esparcimiento" en las plazas públicas.

La única ventaja que tiene un hombre de Estado, cuando llega al mármol, es que no suena.

Los niños son adorables, siempre que la madre se ocupe de ahuyentar esa penetrante olor de la infancia.

Los únicos que se mantienen fieles entre sí, a través del tiempo, son los idiotas. El de actualidad es idéntico al del siglo XIV.

Se odia arduosamente al que tiene un automóvil, hasta que uno en "eseo", eso de tenerlo.

El único gremio que se rehúsa a cumplir el sábado inglés es el gremio de los canallas. Trabajan hasta los domingos!

El lugar donde nací me gustaba chico, por eso me fui a dar una vuelta a la manzana, por el mundo.

Toda muerte llega pronto, aunque demore.

Si los próceres que están en las estatuas pudieran bajarse de ellas, más de una vez al día dan los sorprendidos concurriendo con las mucamas, que bus

castellano, "el pobre", se pasó haciendo gárgaras con el idioma castellano.

La locura es un caballo que quiere caminar panza arriba.

El diablo es un acaparador mayorista de carbón.

Se puede vivir sin apendicitis, pero lo que no se puede es existir sin que nos engañen.

La campana está seca, como si la Legislatura hubiera dalt una conferencia por radio.

ILUSTRACION DE PARGNOLI

Viñolianas

Omar Viñole Dibujos de Rodríguez

ILDEFONSO PEREDA VALDES ILUSTRACION DE GUEVARA

cas, las más encumbradas damas de la Corte y militares de rango ocupaban lugares de preferencia en los balcones del Ayuntamiento y no quedó el menor espacio disponible en los engalanados ventanales de las casas circundantes.

Dada la magnitud de la ceremonia comenzó a las seis de la mañana, iniciándose con el sermón de fe, predicado por Fray Melchor Cano, seguido por el solemne juramento tomado por don Francisco Baca a la princesa Doña Juana y al príncipe de Asturias, por el que se comprometían a prestar ayuda al Santo Oficio, a no entorpecer los fines de la Santa Inquisición y a dar exclusiva jurisdicción sobre todos los sospechados de herejía.

Después empezó el lento desfile de los condenados, los que, saliendo de la Cárcel Inquisitorial, desembocaban en la plaza del Mercado, rodeándola, ascendían después a un estrado levantado a la derecha del Ayuntamiento, a fin de que oyeran la lectura de sus sentencias por el Procurador Fiscal, dirigiéndose por fin al lugar de los suplicios y ejecuciones.

Los condenados, en número de treinta, desfilaron con un cirio en la mano acompañados por dos padrones que los exhortaban, y aquellos que debían ser quemados en la hoguera iban, además, revestidos con sambenito y tocados con una coraza, como símbolo de infamia.

Algunos inculcados que se hallaban prófugos, fueron condenados en efigie y representados en el cortejo por imágenes elevadas en un asta con sus hábitos de infamia, y como la justicia inquisitorial no encontraba barreras en la muerte, figuraba en el silencio de un ataúd contenido los despojos de Doña Leonor de Bineró, madre de cinco de los condenados.

A continuación el procurador fiscal dió lectura de las sentencias indicando el género de pena que debía sufrir cada uno de los convictos.

Eran éstos: El doctor Agustín de Cazalla, clérigo de Valladolid, predicador que fué del emperador Carlos V, convicto de propagar la religión luterana, condenado a ser degradado de sus sagrados órdenes, a ser quemado en la hoguera y todos sus bienes confiscados a favor del Santo Oficio. Francisco de Bineró, clérigo, condenado a iguales penas: Blanca de Bineró, hermana del anterior, con idéntica condena; Juan de Bineró, condenado a prisión perpetua. Entre otros condenados, Alfonso Pérez fué enviado al verdugo; doña Mencia de Figueroa, condenada al sambenito; don Pedro Sarmiento, caballero de Alcántara, condenado a ser marcado; don Luis de Rojas, gracias a poderosas influencias, debía correr la ciudad una sola vez revestido de sambenito; Antonio de Huelzuelo, Catalina Román, así como muchos otros, fueron entregados al verdugo. Los bienes de todos los condenados fueron confiscados y catorce, de entre los treinta, fueron puestos en contacto con la muerte.

Como el Santo Oficio no ejecutaba las sentencias, los condenados, una vez terminadas las actuaciones procesales, eran entregados a los magistrados del poder civil y a sus vertugos, sin que la justicia ordinaria modificase jamás las resoluciones del Tribunal religioso, siendo tan sólo una dócil ejecutora de las decisiones de éste.

Una vez notificados de la sentencia, los encargados de cumplirlas hacían cabalgar a los condenados sobre unos asnos y los conducían hasta el lugar del suplicio, fuera de la Puerta del Campo.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Huelzuelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo arrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción

LAS TRES CONFUSAS BORRACHERAS



por FRANCISCO ESPINOLA

ILUSTRACIONES DE RECHAIN

PARO la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido: —¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre! Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vio recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto, entre una sensación penosa que lo embargaba frecuentemente. Mas, al rato, cuando al separarse el tabernero, oyó al otro cerrar la conversación con "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!", la sensación, de golpe cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo. ¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... a nadie culpaba. Cual si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso es lindo! — se dijo para sus adentros Sosa. Y le pareció que rozaba todo su cuerpo escudido contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra. El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él, porque allí no había más nadie. —Otra caña, — accedió posando en Sosa su bondadoso mirar. El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió, sin decir palabra; llenó asimismo su gran "vaso particular", y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la demantelada estantería, sobre una mesa pequeña, escribía entre borrones una carta que cierta muchacha de la barriada le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero, tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de vista, cuando el vendedor le hizo comprender que tenía la ocación "canasada". —El señor es forastero? —Es verdad. Vengo de Santa Ecilda. Y medio ando por encontrar conchavo en la curtiembre de los Bastos. —¡Guena gente, sin despreciar! —¡Salú!

Entró un perrito al bodegón. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras compraba, buscó inútilmente, con los ojos, la mirada de los que estaban allí. —¡Este hombre es muy gente! — pensaba Sosa. Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo. Cuando la mujer salió, sin conseguir por un momento despertar la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua torquilla sobre la cual se vio salir del monte con una carga muy grande. Pero volvió, esta vez con ellos, al hombre que tenía enfrente. Y dijo: —Yo tengo un carro y una yegua, caballero. Me la rebusco montando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua, estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. A ver, don, sirva otras. Sobre el mostrador pendía una lámpara tufienta. Las sombras de los amigos se achataban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!" que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un "¡Qué lástima!", sólo, que creía y embargaba todas las cosas del mundo,

y con ellas subía, más allá de las nubes, y las mostraba a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor. Con el pulgar y el índice, acariciaba los pelos del bigote sobre ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces jaranantes. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jaleo de una locomotora iniciando su marcha.

El patrón, en un instante, al beber un gran trago de su caña, los miro fijo. Pero sin verlos. Abstraído, inclinado a un costado el sombrero para rascarse las motas todavía grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño, se inquietó, de súbito. Al principio de la escritura el corazón se le había ido comoviendo, secretamente. El nunca escribió cartas. No tenía a quién. Y esto que hacía a pedido venía tan bien con lo que podría confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un gran sorbo de caña, corría sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "... cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes se fueron. No se gana ni para la comida. Yo creo que los tiempos de antes no volverán nunca más".

El negro vació. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser. "¿Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!".

Algún recuerdo muy hundido fué tocado por esta frase, y manoteó y arrojó de nuevo a la conciencia la imagen de la muchacha y sus palabras. Lo que tenía que seguir, era: "Ayer pasó la visita médica con muchos nervios. Pero, gracias a Dios...". Y esto lo volvió a la realidad. Ahí fué que el negro se puso inquieto. Inclino a un costado el sombrero para rascarse las motas. Sin verlos, miró a los dos largos contentillos. Dejó la pluma... Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le escibala.

—Otra güelta, haga el osequio. Estaban bastante cargados.

Después de servir, el tabernero volvió a su pequeña mesa. Y por no recordar el acogojante giro que había tomado la carta, comenzó a turbarse con cosas menos crueles. Las manzanas sobre el manchado papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedidito de fiado, o a una fuga intempestiva, o a un seco "Aquí no pagamos y se acabó", se puso a la expectativa.

—Yo, en seguida, me di cuenta, Juan Pedro, que usted era una persona gente — confiaba Sosa al que acababa de revelar el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo — alto, flaco, pantalón a media pierna, todo como él, si no tuviera botas, — posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada. Y vuelta a aparecerse a Sosa el carro y la yegua torquilla. Y vuelta a llevarlos hacia su compañero.

—Usted, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Pija otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy terpes, lió un cigarro, encendió y dejó salir de toda la boca el humo.

—Usted, cuando la precise, va no más, a mi casa y saca la yegua. Y si yo no estoy, la saca, lo mismo. Y si la yegua no está, la saca lo mismo.

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió profundamente a Juan Pedro. No advirtió que faltaba la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Lo cierto es que si la yegua no está, la saca lo mismo, se le quedó bien grabado y fué lo único que permaneció firme entre cosas que ya comenzaban a tambalearse. Volvió a mirar a su amigo: Pero apenas si lo veía. Mirando para afuera, se veía él, el solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro — seguía Sosa, implacablemente generoso, con los ojos apagados.

Juan Pedro ya no resistía tanta bondad. ¡Qué podía dar él en

retribución a aquel corazón fraterno? ¡Qué podría decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar como un niño. Cierta caballo, de que una vez fué dueño, se le apareció. Era un caballo zaino. Lo vendió al llegar a Santa Ecilda porque, por desgracia, para que quería caballo en aquel pequeño villorrio. Cuando comprendió para que lo quería — para quererlo, precisamente — era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino sueno con un tropero, hacia la Tablada. Y pasó de regreso a los siete días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que tropero y caballo desaparecieron. Un caballo es un amigo. El vendió a su amigo. El se chupó la plata. Y el amigo pasaba, repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada y, sobre todo, cuando no pasó más.

—La yegua es suya... —No, compañero, la yegua es suya.

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y trajo otra vuelta.

—Es suya, le digo. —¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo! —¡No, Sosa, no!

Y los ojos le ardían de lágrimas.

—¡Vamos, vamos, compañero, ¡la yegua es suya!

—¡No, no es mía, no es mía!

—Es que usted no entiende lo que le quiero decir — advirtió Sosa por fin.

Bebió un trago, arrojó un fósforo a la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir... —Juan Pedro, esforzándose, aguzó el oído. El negro echó atrás el sombrero y se inclinó adelante, desde su observatorio.

—¡Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya!

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos se estrecharon, palmándose las espaldas, bajo los ojos del patrón, cuyo espíritu había caído como en un remolino y no hallaba nada en que agarrarse.

Un indicio, al entrar, se detuvo contemplándolos, también. Pero, convencido de que no había pelea, se aproximó al mostrador, pidió un vino y lo bebió sin respirar.

EL ESPEJO DE TINTA

LA historia sabe que el más cruel de los gobernadores del Sudán fué Jakub, el Doliente, que entregó su país a la iniquidad de los recaudadores egipcios y murió en una cámara del palacio, el día catorceno de la luna de Barmajat, el año 1842. Algunos insinúan que el hechicero Abd-er-Rahmán El Masumí (cuyo nombre se puede traducir El Servidor del Misericordioso) lo acabó a más velocidad, ya que le decían natural es más verdadero que las del El Doliente. Sin embargo, el capitán Ricardo Francisco Burton conversó con ese hechicero el año 1853 y cuenta que le refirió lo que copio: "Es verdad que yo padecí cautiverio en el alcázar de Jakub el Doliente, a raíz de la conspiración que fraguó mi hermano Ibrahim, con el consentimiento y vano socorro de los caudillos negros de Kordofán, que lo denunciaron. Mi hermano pereció por la espada, sobre la piel de sangre de la justicia, pero yo me arroje a los aborrecidos pies de El Doliente y le dije que era hechicero y que si me otorgaba la vida, le mostraría formas y apariencias aún más maravillosas que las del Fames Jijal (la histeria mágica). El opresor me demandó una inmediata prueba. Yo pedí una pluma de caña, unas tijeritas, una gran hoja de papel veneciano, un cuerno de tinta, un brasero, unas semillas de cilantro y una onza de benjuí. Recorté la hoja en seis tiras, escribí talismanes e invocaciones en las cinco primeras, y en la restante las siguientes palabras que están en el glorioso Kurán: Hemos retirado tu velo, y la visión de tus ojos es penetrante. Luego dibujé un cuadro mágico en la mano derecha de Jakub y le pedí que la abucara y verti un círculo de tinta en el medio. Le pregunté si percibía con claridad un reflejo en el círculo y respondió que sí. Le dije que no alara los ojos. Encendí el benjuí y el cilantro, y quemé las invocaciones en el brasero. Le pedí que nombrara la figura que deseaba mirar. Pense y me dijo que un caballo salvaje, el más hermoso que pastara en los prados que bordean el desierto. Miró y vió el campo verde y tranquilo y después un caballo que se acercaba, ágil como un leopardo, con una estrella blanca en la frente. Me pidió una tropilla de caballos tan perfectos como el primero, y vió en el horizonte una larga nube de polvo, y luego la tropilla. Comprendí que mi vida estaba segura. Apenas despuntaba la luz del día, dos soldados entraban en mi cárcel y me conducían a la cámara del Doliente, donde ya me esperaban el Injencio, el brasero y la tinta. Así me fué exigiendo y le fui mostrando todas las apariencias del mundo. Ese hombre muerto que aborrezco, visto en su mano cues: o los hombres muertos han visto y ven los que están vivos: las ciudades, climas y reinos en que se divide la tierra, los tesoros ocultos en el centro, las naves que atraviesan el mar, los instrumentos de la guerra, de la música y de la cirugía, las graciosas mujeres, las estrellas fijas y los planetas, los colores que emplean los infieles para pintar sus cuadros aborrecibles, los minerales y las plantas con los secretos y virtudes que encierran, los ángeles de plata cuyo alimento es la alabanza y la justificación del Señor, la distribución de los premios en las



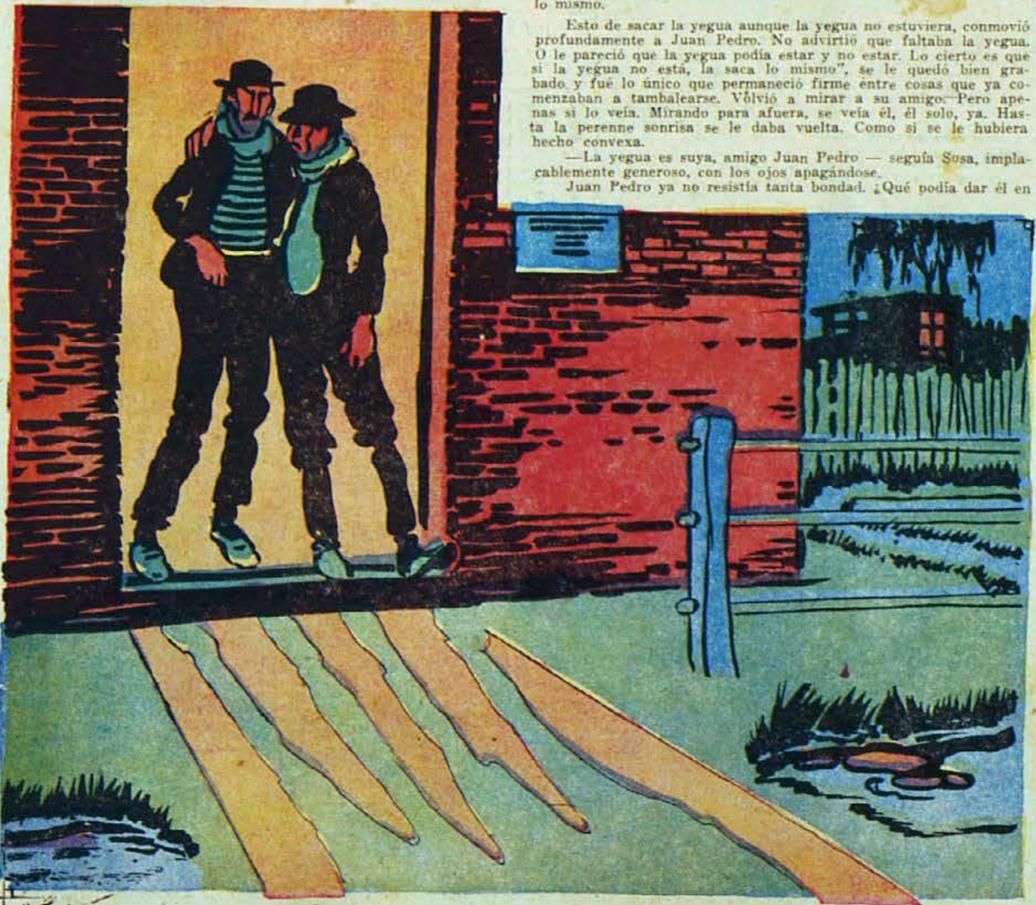
ILUSTRACION DE GUIDA

escuelas, las estatuas de pájaros y de reyes que hay en el corazón de las pirámides, la sombra proyectada por el toro que sostiene la tierra y por el pez que está debajo del toro, los desiertos de Dios el Misericordioso. Vió cosas imposibles de describir, como las calles alumbradas a gas y como la ballena que muere cuando escucha el grito del hombre. Una vez me ordenó que le mostrara la ciudad que se llama Europa. Le mostré la principal de sus calles y creo que fué en ese caudaloso río de hombres, todos ataviados de negro y muchos con anteojos, que vió por la primera vez el Enmascarado.

Esa figura, a veces con el traje sudanés, a veces de uniforme, pero siempre con un paño sobre la cara, penetró desde entonces en las visiones. Era infaltable y no conjeturábamos quién era. Sin embargo, las apariencias del espejo de tinta, momentáneas o inmóviles al principio, eran más complejas ahora; ejecutaban sin demora mis órdenes y el tirano las seguía con claridad. Es cierto que los dos solíamos quedar extenuados. El carácter atroz de las escenas era otra fuente de cansancio. No eran sino castigos, cuerdas, mutilaciones, deleites del verdugo y del cruel.

Así arribamos al amanecer del día catorceno de la luna de Barmajat. El círculo de tinta había sido marcado en la mano, el benjuí arrojado al brasero, las invocaciones quemadas. Estábamos solos los dos. El Doliente me dijo que le mostrara un inapelable y justo castigo, porque su alma ese día, apetecía ver una muerte. Le mostré los soldados con los tambores, la piel de becerro estirada, las personas dichosas de mirar, el verdugo con la espada de la justicia. Se maravilló al mirarlo y me dijo: Es Abu Kir, el que ajustició a tu hermano Ibrahim, el que cerrará tu destino cuando me sea deparada la ciencia de convocar estas figuras sin tu socorro. Me pidió que traperan al condenado. Cuando lo trajeron se demudó, porque era el hombre inexplicable del Benzo blanco. Me ordenó que antes de matarlo le sacaran la máscara. Yo me arroje a sus pies y le dije: Oh, rey del tiempo y sustancia y suma del siglo, esta figura no es como las demás, porque no sabemos su nombre ni el de sus padres ni el de la ciudad que es su patria, de suerte que yo no me atrevo a tocarla, por no incurrir en una culpa de la que tendré que dar cuenta. Se rió el Doliente y acabó por jurar que él cargaría con la culpa, si culpa había. Lo juró por la espada y por el Kurán. Entonces ordené que desnudaran al condenado y que lo sujetaran sobre la estrada piel de becerro y que le arrancaran la máscara. Esas cosas se hicieron. Los espantados ojos de Jakub pudieron ver por fin esa cara — que era la suya propia. Se cubrió de miedo y locura. Lo sujeté la diestra temblorosa con la mía que estaba firme y le ordené que continuara mirando la ceremonia de su muerte. Estaba poseído por el espejo: ni siquiera trató de alzar los ojos o de volcar la tinta. Cuando la espada se abatió en la visión sobre la cabeza culpable, gimió con una voz que no me apiadó, y rodó al suelo, muerto.

La gloria sea con Aquel que no muere y que tiene en su mano las dos llaves del ilimitado Perdón y del infinito castigo.





do, fuerte; lo trincó en sus manos y lo tiró sobre el mojinete que envolvía las cadenas del ancla.

Una ruidosa manifestación de júbilo por el desenlace de la contienda se tributaba a One y a John, cuando el segundo oficial de a bordo apareció inesperadamente. Su sola presencia le embarrasó de tal manera que ni siquiera repararon en cómo se le arreglaba John para levantarse después de tan ruda caída. La disciplina los acorraló en una ridícula actitud de arrepentimiento y mientras el oficial los desafiaba calmadamente con su jarrón, uno a uno fueron descendiendo por una escalera hasta que el pasajero tinglado, confesionario de gapezas, quedó desanimado y frío.

Las tinieblas parecían borrar el destino que llevaba a "Duncan", pero su hélice iba tallando el camino, iba hollando el espacio que la separaba todavía de nuestras dársenas.

★

Hacia ya un año que One, el tripulante de aquel barco, cuyo nombre amaron todos los que anduvieron por sus entrañas, era un trahamante adoptivo de nuestro puerto.

Quién sabe por qué inexplicables ataduras de elemental psicología, sentíase atraído, anclado en sus muelles. Le era cordial. Un hilo sutil e insospechado le unía a esta tierra, a la cual llegó, como pudo haber llegado a la India...

One. ¿Por qué se llamaba One? Ese no era un nombre. No, era un número. ¡Bah! ¡Lo había pensado tantos días, tantas noches! Su pasado, maldito relector de recuerdos, no le proporcionaba circunstancias ni fechas ni para deducir ni siquiera para imaginar un origen. Era "One". Nada más. "Uno".

Había desgastado y consumido su juventud en trabajos sombríos, monótonos, bestiales, y a sus entretenimientos fueron amenazados muchas veces por la cárcel o por la muerte.

"Fui alguna vez niño", pensaba, mientras estaba sentado sobre unas bolsas hinchadas que la cosecha, en el pasadizo de uno de los galpones, mirando el semicírculo que repetía matemática e infatigablemente una grúa, desde los andenes a la estiba de un barco.

Recordaba el orfanato, allá en Birkenhead. Si, por eso se llamaba One. Era pequeño posiblemente y fue extraviado o abandonado. No lo supo nunca. Lo recogieron las autoridades. Tenía en su ropa, prendido con un alfiler, un papel blanco, insignificante, y un número: 1. Quien lo había perdido o entregado a las misteriosas saturaciones del porvenir, lo había marcado, lo había designado con un número, por una de esas metafísicas inspiraciones. Aberración, brutalidad, ternura. Entonces, en el orfanato, lo llevaron para servir entre los asilados, lo llamaron así, One. Eso es, One, uno.

Era un paria, un hombre demasiado solo. Tenía un sentido humillado, atrabiliario y penoso del mundo, de las cosas, de sus semejantes, a quienes jamás les supo atribuir un principio o una finalidad. No tenía a quien querer. No podía querer.

Ahora, le sobornaban las cosas fáciles. No trabajaba más.

Pedia limosna para él y la daba a quienes creía más desheredados en la racha. Este gesto provocaba una extraña belleza entre el notorio egoísmo de esos ascetas de la miseria. El ocio, el dolor, el tiempo, se habían adherido finalmente, como una telaraña en su cuerpo, en su alma y en lo que no supo tampoco si fue una esperanza, cierta vez que se pusiera contento metiéndose clandestinamente con sus ojos, en el

por A. Rodríguez Moroni Ilustración de Guevara

se animaba a llamarlo, a tocarlo. Nuevamente golpeó con su puño sobre la mesilla, y el cuerpo de aquel hombre cayó pesadamente sobre el piso, trágica, tristemente. One saltó de su silla, desorbitado, ululante. Un tumulto de razas y sexos se hizo alrededor del exánime y sinuoso cuerpo, que había tomado la forma de un signo interrogativo.

Manuel, un filipino blanco, alto, bilioso y ágil, dueño del "Destiny bar", fue el primero que dominó el estupor de sus clientes. "No es nada, no es nada", gritaba. "Ayer cayó énicamente—dirigiéndose a One": "¿Qué pasó?" One se excusaba, confundido, tembloroso: "No sé, nada, nada. Yo sólo, sólo". El filipino, rápidamente le palpó la cintura, le hurgó en los bolsillos. Le halló dos monedas de veinte centavos y un trozo de papel de diario, estrujado y arrollado como una pelota. One se lo pidió: "A mí, sírveme".

Manuel, acostumbrado a adivinar las apariencias y las realidades del hampa, advirtió en el acto que One era tan infeliz como el que había caído allí, como un envoltorio de basuras. Además, lo conocía, lo conocía bien. Iba casi todas las noches a sentarse en esa misma mesa. Se llamaba Willy. Era medio loco. Y con la previsión y el sentido que tienen los que exclusivamente tratan duras, toda su existencia de acumular dinero para la lealtad de los hombres curules, dice Balthaz—creyó oportuno, apaciguador y aclimatar de nuevo a su público. Se interrumpió la consumación. "Si—dijo en alta voz—Era medio loco. Se ha muerto de hambre, de vergüenza. Una noche, borracho, decía que él había asesinado a su mujer, a Rita, una camarera que tenía una séptica, hace 25 años. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Estaba loco!"—One y los demás, que escuchaban las alusiones de Manuel, este prosióguo: "Otra noche, más borracho, todavía, preguntaba a cuantos entraban, si era One"—"Todos reían. Por último, se dirigió a dos marineros y les hizo la misma pregunta. Los marineros creyeron que los quería ofender, que duraba de sus fuerzas y lo zurraron tanto, que fue necesario quitárselo a aquellos furiosos "marineros" para que no terminaran con él. Pobre Willy!"

One, después de sentir las últimas palabras de Manuel, retrocedió tambaleante, mudo, sorbo, ciego. Lo hería la sensación de sentirse en el vacío, en un vuelo bajo y fantástico. Un impulso instintivo, inconsciente, lo llevó hasta la puerta del "Destiny bar". La abrió... La noche lo recibía otra vez. El viento lo llevaba de la mano. Las ráfagas de lluvia lo castigaban por todas partes.

Allá lejos, un relámpago, lo mostró convertido en un puro vagabundo, reluciente. En un cerro...

Bibliografía

HENRI BERGSON. — Las dos fuentes de la moral y la religión. —

Con este nuevo libro, que es el fruto más sazonado de su larga carrera de filósofo, Henri Bergson demuestra el concepto metafísico algunas de las ramas que sirvieron de asiento a recientes escuelas de doctrinas religiosas y políticas reunidas con la ciencia o con la luz de la razón o el intelecto. Nada ocurrió en los últimos tiempos a los defensores de la arbitrariedad, en el orden de las ideas como el concepto bergsoniano de la intuición, que es una de las más salientes de aquella s. ramas. En el sentido adoptado por Bergson, la intuición significa una cosa que una fuerza y árbitro de verdades que no pueden ser originadas o sancionadas por la inteligencia. Se quitó el sombrero y lo sacudió. "Tuyo ganas de tirarlo, pero recordo que al día siguiente podría haber sol. Se lo puso de nuevo. Luego se apretó las ropas con las manos; las exprimió con cuidado, retorciéndolas entre sus dedos largos y huesudos. Cuando empezó la misma tarea con los pantalones, se quedó agachado como si en el cuarto que hiciera, mientras se escurria sus trapos, se hubiera revelado toda su figura. Los pantalones estaban tan ceñidos a las piernas que hubo de apretarlos sobre su propia carne... Eran cortos, apenas si tocaban sus tobillos, y estaban desflecados como una bandera. Siguió caminando. Escrutaba con su mirada oblicua los rostros, las vidrieras, los letreros, las luces de colores y todo lo que a su paso parecía, tal vez, la felicidad de los demás.

Repentinamente quedó parado, taciturno, frente a uno de los bares. Leyó su nombre: "Destiny bar". Desde los vidrios de la puerta cerrada del bar, One miraba a través de su nebulosa transparencia. En el interior la gente se movía como sombras. Entró. Una avalancha de luz y de humo se arremolinó en torno a One. Pero su entrada no alteró el bullicio de la sala. Las voces del piano interponían en las desentonadas conversaciones el melancólico "Sonny-boy". Como no había ninguna mesa desocupada, One llegó a una que estaba en uno de los rincones, en la que un hombre se había echado con la mitad de su cuerpo, la cabeza entre los brazos y superficialmente sentando en una silla. "Un borracho", pensó One. Ahora, se sienta otro. Un "mozo" se acercó, jadeante, con una sonrisa que bien podía ser de complacencia o de rabia. One lo miró aturdido, miedoso. Pidió cerveza. El "mozo" se dio vuelta y alzó un grito imperioso: "Medio litro!" La canción suelta en el piano, sincopada por el ruido de los cristales de las copas y las risas. En el ambiente cálido del café, One se sintió fugazmente libre. Sin embargo, los primeros sorbos de cerveza lo sazonaron, lo volvieron a su estado permanente de excitación y de dolor. Bebió más. Quería hablar, cantar esa noche. Intentó despegar a su compañero de mesa, pero se retiró instantáneamente. Dio unos pufetazos sobre la mesa. Los golpes repercutieron en el cuerpo inmóvil del hombre, cuyos brazos resbalaban sin modificar su postura hasta el extremo de la mesilla. One bebió despacio, con fruición, hasta la última gota. Repasó unas cuantas veces sus labios con la lengua. Miraba el sombrero sucio, con la copa ahollada, de su hocico compañero, al que no

UN día entré en una pequeña droguería semiobscura. Un mozo huesudo y amigable, con una expresión de eterna amargura en su cara, se inclinó por encima del mostrador y me preguntó:

—¿Qué deseaba?

—Unas pastillitas contra la tos.

El joven sacó del estante un tarro de vidrio. Después de una breve meditación puso otro al lado de éste... y al cabo de un momento bajó un tercero.

—¿De qué tarro le dare? — murmuró pensativo. Va... que sea del segundo.

No bien pagué por las pastillitas, entró un señor obeso con un paquete.

—¿Ahí tiene, —pronunció con tono malhumorado, arrojando el bultito sobre el mostrador—. Es su obra!

El huafu boticario miró al cliente con aire asustadizo y desenvolvió el paquete.

—Una laucha muerta, —dijo sonriendo tristemente—. ¿Por qué murió?

—¿Y tiene que saberlo mejor que yo, —rugió el cliente— Imagínese (prosióguo dirigiéndose a mí), que este tunte me vendió ayer un jabón de tocador. Anoche lo desvelé pero, viendo que me quedaba aún un pedazo de jabón, me lavé con éste y sin tocar el nuevo me acosté a dormir. Al despertarme esta mañana noté huellas de dientes en el jabón comprado aquí y al lado de éste dos lauchas muertas... Me trae una como prueba.

—¿Por qué se pone tan nervioso? —repliqué tratando de tranquilizarlo—. Ahora tiene en su casa dos roedores menos.

—Dos roedores —exclamó mi interlocutor indignado—. Y si me hubiera lavado anoche con aquel jabón, en este momento estaría muerto yo en lugar de las lauchas...

Se abrió la puerta, que dio entrada a un señor, que se dirigió al farmacéutico preguntándole con tono cariñoso:

Dígame, señor, ¿en esta calle no hay otro negocio que venda artículos de droguería?

—No, —contestó con tono irguiendo el interpeado, al que dio ánimos el aire benévolo del cliente—. El único es el mío.

—Entonces, ¿es aquí donde compré el excelente remedio contra la calvicie?

—Sí, señor, —fue la respuesta acompañada de una sonrisa amable.

—Pues, mercedes que me maten por este remedio, grandísimo bión, —tronó el recién venido, arrojándole un tarro en la cara.— Maldito seas...

—¿Por qué? ¿No le crece el cabello? — resonó la voz ahogada del dueño que, siendo hombre previsor, se había refugiado debajo del mostrador.

—Que si crecen? Desearía que semejante pelo creciera sobre la tumba de tu padre...

—¿Qué sucedió? —preguntó curioso.

—Que me puse verde. En el lugar de cabellera tengo un prado de color esmeralda... Ayer por la calle me perseguía una mariposa y no sería de extraño que mañana o pasado sobre mi cabeza se estableciera un enjambre de libélulas. Mire...

El señor sacó su sombrero. Efectivamente, en mi vida había visto un color verde tan hermoso.

—¡Canalla!... —aulló el cliente—. Me has vendido una pomada para hacer crecer el cabello y me has puesto verde... Me vendiste una caja de veneno para las ratas y éstas lo comen con apetito y se ponen más gordas. Ya te voy a enseñar...

El señor furibundo pasó la mano detrás del mostrador, agarró de los pelos al dueño, lo sacó de su escondite y se puso a pegarle.

El comprador del jabón, después de haber proferido unas cuantas interjecciones de aprobación, acudió en ayuda del hombre de pelo verde. Los dos pegaban al infeliz boticario con tanto ahínco que, cansado de mirar, les dije con tono conciliador.

—Basta, caballeros. Tomen un poco de descanso.

Los clientes saltaron al dueño, se sentaron en un sofá y encendieron los cigarrillos.

—Lo castigué por el cabello, —dijo el de pelo verde—. Y Vd. ¿por qué?

—Yo por el jabón. El muy canalla me vendió un jabón alrededor del cual encontré esta mañana una guirnalda de lauchas muertas.

—¿De veras? —exclamó el verde encantado—. En mi casa hay una infinidad de ratones. Deme su jabón y yo en cambio le daré mi tintura para el crecimiento del cabello.

—Y sirve para teñir las telas?

—Perfectamente bien. Sequé la cabeza con una toalla y ésta se tiñó de un hermostísimo color verde que no sale, aunque ya la han lavado con jabón.

—Es una idea luminosa. Voy a teñir mi pijama de paño gris y haré de él un saco de cazadores.

Una vez hecho este pacto tan extraño y después de haber dado cada uno de ellos una bofetada más al farmacéutico, los dos señores salieron a la calle.

★

Me quedé en la droguería. Como poseo un corazón caritativo, dije al dueño:

—Vd. tiene en la cara dos moretones. Aplíquese fomentos de ácido bórico.

—Tengo miedo, —contestó el boticario.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe si al aplicar estos fomentos al lugar lastimado, no crecerán allí los cabellos o los dientes?...

Luego agregó vacilando:

—Tal vez sería bien poner el ácido cítrico o la pasta dentífrica...

Entablamos una conversación amistosa.

—No tengo suerte, —dijome el hombre con tono triste—. Ahí tiene, por ejemplo, un caso de mi vida. Hubo una época en que padecía hambre. El director de un circo que me conocí por casualidad me tomó para que deseara el papel del "famoso ayunador". Por una fuerte suma me comprometí a ayunar durante cuarenta días, encerrado en un cajón de vidrio. En presencia de un numeroso público éste fue sellado y me dejaron solo. Pero de noche tuve un hambre tan atroz que rompí el cajón, salí y, entrando en la habitación del director, me comí un jamón entero, un ganso asado y veinte huevos. Entonces el hombre me dio el empleo de un famoso comilón. El negocio marchó bien; pero el propietario del circo tenía que gastar tanto dinero para alimentarme que se arruinó en pocas semanas... Y así es todo en mi vida. Cuando tengo la intención de hacer una cosa, resulta siempre otra. Inventé un jabón y resultó ser veneno contra los roedores; hice una pomada para el crecimiento del pelo que resultó la tintura más fuerte del mundo...



por A. VERCHENKO Ilustración de Rodríguez

esposa para mí... pero tengo unido.

—¿De qué?

—Créame que algo ha de suceder.

Pero, ¿qué es lo que puede pasar?

—¿Quién sabe! O la muchacha resultará a un hombre, o una bigama, o algo por el estilo.

—¿Qué tonterías. Al contrario, una esposa tan modesta puede prestarle mucha utilidad. Cásese sin pérdida de tiempo.

—¿Le... parece así?

—Nos despedimos hechos amigos.

★

Una vez en mi casa me acordé de las pastillas contra la tos que acababa de comprar. Me puse una en la boca; resultó ser pezuñosa y de un sabor muy desagradable. Después de haberla chupado durante un momento, la escupí con repugnancia en el suelo.

Luego empecé a caminar a lo largo de la habitación, meditando sobre la extraña suerte de mi nuevo conocido. Después de haber dado unos cuantos pasos sentí de repente que un pie mío parecía echar raíces en el suelo. Empecé a tirarlo con todas mis fuerzas, a balancearme de un lado a otro, a jirar sobre mí mismo... todo en vano. Entonces me sentí en el suelo, desabroché el zapato y saqué el pie. Al revisar el calzado pegado al piso, descubrí la pastilla contra la tos.

Desde entonces solía usarla para pegar los objetos rotos tanto de porcelana como de madera, y siempre con excelente resultado.

★

El otro día, al pasar por casualidad frente de la pequeña droguería, entré para saludar al dueño.

—Buenos días, —dije—. Vine para decirle que si va a vender sus pastillas contra la tos en calidad de pegatodo, ganará un dinerito.

—Ya me parecía, —exclamó con tono triste—, que había de suceder algo por el estilo... A propósito, ¿se acuerda que le hablé acerca de mi novia? Pues me casé con ella.

—¿Ah, sí? Le felicito. ¿Y qué tal? ¿Todo va bien? ¿La muchacha no resultó ser un hombre, ni una bigama?

—Peor, —contestó el hombre con una sonrisa amarga.

—Me asusta Vd.

—Está tatuada. No tiene un solo pedacito de piel lisa. No puedo abrazarla, pues me parece que es un hombre chino.

—¿Qué milagro!... Pero hombre, Vd. podría exhibir a esta mujer en un circo y ganaría mucha plata.

—Ahí está, pues. Y en cambio me casé con ella... Siempre me pasa así: hago lo que no debería de hacer y luego a enterarme demasiado tarde de lo que me convenida hacer...

El comprador del jabón, después de haber proferido unas cuantas interjecciones de aprobación, acudió en ayuda del hombre de pelo verde. Los dos pegaban al infeliz boticario con tanto ahínco que, cansado de mirar, les dije con tono conciliador.

—Basta, caballeros. Tomen un poco de descanso.

El Borbón Aventurero

El Río Abajo

CUENTO DE EMBARCADIZOS

MUY buenos días, che cara-y (hombre) Alberto, ¿qué tal, han tenido buen viaje? Parece que por abajo también se han dejado sentir fuertes calores, según me han dicho.

El joven a quien iban dirigidas estas amabilidades de bienvenida, dejó perzosamente el asiento en que se había instalado y que no era otro que uno de esos macizos bloques de hierro que sirven en los puertos para amarrar barcos, y después de haberse despedido indolentemente acomodó su gorra marina, que descaudadamente tenía corrida hacia la nuca y respondió con pausa:

—Sí Puri, buen viaje para los que pasean, para los que hacen turismo y se divierten, pero con estos calores, y el recargo de trabajo que nos promete la bajante del río, no nos permite creer en un feliz viaje como nos auguran ustedes al partir, con tanta indiferencia como costumbre... Pero ahora que recuerdo Puri ¿tú me habías dicho en uno de los viajes pasados que me llevarías a casa de una moza vecinita tuya? Contento por esa promesa te compré los aguacates y aquellos handouts que me hicistes pagar a tu gusto, ¿recuerdas?

—Ahí sí, che, cara-y (dijo la mujer, estrinando en una sonriente sus gruesos labios que dejaron a descubierto unos dientes irregulares y ennegrecidos por el uso del tabaco), pero ya ha pasado mucho tiempo... — agregó arrastrando el eco de su última sílaba, indefinidamente.

El agudo silbato de un barco que atravesaba frente al puerto de la ciudad de Corrientes, y que debía repetir por dos veces más, en un saludo a la plaza, cortó improvisadamente este diálogo entablado entre una vendedora ambulante de frutas y baratijas que se acercan a los barcos de tránsito para negociar sus mercaderías con los "embarcadizos" y el pasaje, que ávidos de novedades pagan a buen precio cuanto se les ocurre original, dando este comercio vida a una cantidad de mujeres de todas edades, que se allegan a ellos para la venta de sus fruslerías o su "palmito"; y un apuesto oficial de los vapores postales que hacen la travesía entre Buenos Aires y la Asunción del Paraguay. Ambos miraron y retribuyeron con la mano el saludo cordial de los pasajeros asomados a la baranda del vapor que pasaba. Pero sin descaudar su conversación volviéronse rápidamente el joven, y acercándose más a su interlocutora bajó la voz para dar más importancia a sus palabras e insistió:

—Bien Puri, no seas remolona, lo prometido es deuda, por lo demás ya te compré alguna otra cosita de esas que trases en tus canastas. ¿Me llevas, sí? Alístate la india las crenchas con su torpe y rufosa mano, bráñale los ojos de codiciosa malicia y siempre sonriendo con su descamada boca, respondió más bajo:

—Al oscurecer, vendré a buscarte y te acompañaré hasta a casa; en camino aquí che cara-y Alberto, acá, hasta luego!

Despidió el joven con un saludo militar a la par que su rostro se iluminaba por una alegría súbita y promisoa; acompañó a la bruja con los ojos algún trecho, y luego girando ágil sobre un solo talón a la vez que profirió un ¡ah! que le ayudaba a espantar algún escrúpulo, encaminó sus pasos hacia la planchada perdiéndose silbando venturoso en los corredores de la embarcación.

La canchela había azotado todo el día a la ciudad; la colorada arena de sus caminos estaba ardiente, recalentando al calzado, hacía penosa la marcha; por lo demás el sol declinaba vertiginosamente en esas latitudes y recién muy entrada la noche puede gozarse del fresco de su sombra.

Empezaban a recogerse los pájaros por el lado del Chaco, con la sintonía de sus gorjeos, cuando nuestro oficial ya en cubierta, puesto de punto en blanco, digo punto en blanco con la doble razón de que blanqueísimo y lustroso era su traje recién salido de entre las manos de una experta planchadora; zapatos y medias del mismo color y su bien faccionada cara en la que transparentaba la serenidad de su alma.

Extendió su mirada anhelante hacia la desembocadura de la callejuela por donde imaginaba aparecería la embajadora. Mucho no se hizo de esperar ésta, pero sí lo suficiente para mortificar su paciencia; verla y descender a saltos la escalera y la planchada fué todo uno. En un decir "¡Jesús!" estuvo junto a su amiga, desde ese momento.

—Vamos pronto, Puri; lívame por el camino más corto, no tengo ningún deseo de fatigarme y el calor me molesta sobremediano.

—Glorio, por aquí (señaló la mujer extendiendo su brazo hacia un camino empinado y barrancoso). Está muy malo, pero caminaremos menos. Descalza y envuélta en su blanca sábana de lienzo, avanzó la primera para servirle de guía. El la seguía sin pensar; estaba acostumbrado a estas aventuras que, muy seguidamente ponía la suerte en su camino; la emprendía sin gran interés y las abandonaba sin ningún pesar, pareciéndole esto muy natural.

Llegado que hubieron a un callejónito donde se daban de un lado y otro las viviendas hechas según costumbre y estilo, enderezó la "cucha" (mujer) a la puerta de una de aquellas habitaciones y batiendo las manos se puso a cantar. El joven la siguió resueltamente, pero tuvo que inclinarse un poco para traspasar el umbral porque su estatura (no siendo alto) era superior a la puerta de entrada. Se oyeron unas risas y se entendieron unos cumplidos dichos en guaraní meloso y dulce como la miel dorada y luego en una puertecita interior, después de subir un escalón de tierra apisonada, apareció una linda carita de "Guaycurusa" (indiecita) añiada y sonriente con un poco de recelo y un mucho de afectación, movió vivamente sus grandes y expresivos ojos, desde la amiga al recién llegado y con amabilidad en el gesto, insinuó la presentación.

El joven estrechó la mano larga y suave de la indiecita a tiempo que dirigía un cumplido. Esta señaló unas sillas de junco puestas cerca de la puerta de entrada y después de guardar la gorra que el marino le ofreciera, fuese ligera y sin ruido a tomar asiento junto a él. Alberto miraba interrogante aquella cara que encontraba sinceramente hermosa, aquella cabeza adornada por dos largas y renegridas trenzas, que traían su pesado entrecruzado a servirle de tiara, la triple hilera de corales que rodeaban su



lindo cuello, hacían un remarcado contraste con el color oscuro de su piel.

Pero todo esto que miraba y admiraba evidentemente no era lo suficiente para distraer un estado de inquietud interior que iba subiendo de grado a medida que el silencio se prolongaba. Ella sonreía con su encapullada boca levantando en un mohín gracioso los párpados hasta hacer que sus largas y crespas pestañas se mezclaran a las arqueadas cejas.

Alberto le tomó delicado una mano e inquirió, por decir algo:

—Selva, es el nombre que me puso la vieja que conocí como madre. ¿Selva, nada más!

—Lindo nombre, por cierto. ¿Sabes que es bonito? Y siguió mirando ávido y desconcertado aquella mujer, casi niña, que bajaba los ojos y aguardaba en un deseo de obedecer, que entraba en sus oídos.

Pero Alberto estaba loco esa tarde, tenía a su disposición toda la noche y se encontraba sin mejor programa. Preferió, pues, conversar; comenzaba a interesarle vivamente aquella criatura buena y tática que en su forma exterior disparejaba de la vulgaridad de las por él tratadas y conocidas.

—Es así, que Selva... — volvió a decir distraídamente, inspeccionando con la mirada, la habitación para reconocer en ella el complemento de la mujer que tenía a su lado.

—Sí... y tú cara-y, ¿cómo te llamas?

—Alberto, respondió con un suspiro que evidenciaba su opresión y mirándola fijamente preguntó oprimido: ¿un tanto la mano?

—¿Tienes cara-y?

—Day potay (no tengo), respondió meneando negativamente la cabeza.

—¿Entonces podrás quererme a mí?

—Si usted quiere, güeno.

—¿Tuviste alguna vez un hombre para tí?

Ella le miró fijamente los ojos, y su fisonomía tomó un continente serio y doloroso. Era innegable que un recuerdo venía a herir tristemente su memoria. El joven lo comprendió así y haciendo suave el tombo de su voz, insistió:

—¿Cuéntame, ¿por qué callas?

La muchacha titubeó un segundo y después comenzó:

—Sí, tuve un cara-y mío, todo mío. No era "guarí", ni "embarcadizo", como tú; era correntino, tenía unos ojos brillantes y hablaba el guaraní, tocaba la guitarra y allá en las noches de luna solía traerme unas lindas serenatas que yo escuchaba arimada a mi ventana entre sinesias y geranios. Sus padres eran también correntinos, muy ricos, ¿ves toda esa loma que se extiende después del arroyito aquel?, todos esos campos son suyos y mucho más que no podemos ver detrás de aquellos montes. Allí hay platanos, piñas, chirimoyas, mamones y mangos, pero su principal riqueza eran quebrachales y plantaciones de mandioca.

El me quería desde que era yo "cuñá misl eteh" (niña chiquita) yo lo adoraba como a un "ñandeyara" (dios). Iba a la escuela y hablaba el castellano como tú. Lefá libros muy lindos, que tenían bonitas figuras. Me enseñó a escribir su nombre y el mío, y después a leer lo que me escribía. Un día él dijo su madre que le enviarían a Buenos Aires, a una escuela muy grande que hay allí. Cuando me lo dijo lloramos mucho, para consolarme me dió muchos beses y un anillo.

Se fué una tarde a la puesta del sol; los malitos "embarcadizos" se lo llevaron río abajo; su pañuelo blanco se movió hasta que mis ojos no pudieron ver más; entonces caí sobre la arena, desesperada, sólo la selva escuchó mis lamentos. A la virgen de Caá-cupé llegaron mil rezos, pero Pedro no volvió ni me escribió siquiera.

Momentáneamente perdimos su rastro, por encontrarlo en 1895 en Nueva York, ciudadano norteamericano, bajo el nombre de "Edgardo de Borbón", hijo del general Alberto de Borbón y de Josefina Paganí, originario de Arco". ¿Es posible creer que la policía norteamericana, tan bien informada siempre, haya extendido un documento de identidad sin tener la absoluta certeza de que era miembro de la familia de los Borbones?

En noviembre de 1896 volvió a casarse, esta vez con una neoyorkina de excelente familia, miss Clara Conger, cuyo padre ocupaba una encumbrada posición política. Al año siguiente nació un hijo de esta unión, siendo registrado su estado civil bajo el nombre de Rodolfo de Borbón.

En 1901 el noble emigrado efectuó un viaje a Europa, recorrió las principales ciudades como un rico burgués y retornó a América.

AUSTRIA - ALBANIA - GUERRA CONTRA LOS TURCOS 1910 - 1914

En el año 1910 deja Estados Unidos por segunda vez, en compañía de un general austriaco para asistir a las fiestas que en honor del emperador Francisco José se realizaban en Austria. Llorioli Borbón esperaba obtener del soberano el reconocimiento del matrimonio secreto de su padre el general Alberto de Borbón con Josefina Paganí, para legalizar

EN agosto de 1932 se extinguió, bárbaramente degollado por su amante, el príncipe Alberto-Carlos-Sergio-Edgardo de Borbón, aventurero internacional conocido por la policía italiana con el nombre de Castifá Liorioli y por la francesa como Edmundo de Padovani. Contra la afirmación de ambas existen documentos extendidos por varias embajadas europeas que lo acreditan como el príncipe Edgardo de Borbón, documentos de cuya autenticidad no podemos dudar; pero tampoco podemos dudar de los prontuarios policiales. En suma, por más que se analice la accidentada existencia de este extraño personaje, siempre se plantea el mismo angustioso interrogante acerca de su verdadera personalidad.

Procuraremos reconstruir ahora, de la manera más completa posible, la historia de quien fué, sin duda alguna, uno de los más grandes aventureros de nuestra época.

LA JUVENTUD DE CARLOS LORIOLI

Nació el 19 de noviembre de 1866 en el pueblo de Arco — Trentino italiano — y era hijo de Pompeo Liorioli y de Josefina Paganí. Desde su nacimiento surgen las raras coincidencias. Esta pequeña villa de Arco estaba situada en el territorio austriaco hasta el momento en que se firmó el tratado de Versalles. Distó unos treinta kilómetros del famoso castillo de Runkelstein, en el que Edgardo de Borbón afirmaba haber nacido.

Después de sólidos estudios, el joven Carlos, que contaba a la sazón veinte años, se enrola en la armada italiana (1886) de donde egresa tres años más tarde, con el grado de jefe-timonero. Fija su residencia en Milán, casándose al poco tiempo con Teresa Mongianni, joven de excelente familia, a quien abandona unos años más tarde. Así concluye la que podríamos llamar la primera etapa de su vida. Pasemos a la segunda.

LUCERNA - ZURICH - FRIBURGO - BERNA - LAUSANA, 1890 a 1892

En Suiza comienzan las actividades de este aventurero. Recorre las principales embajadas, es admitido en los salones más aristocráticos, se cede con la "haute" y a fines del 91 es acusado de un delito común y detenido por la policía. Al poco tiempo es expulsado del país. ¿Por qué no se le formó causa? ¿Por qué no se le juzgó por la justicia ordinaria? Porque su delito no era un delito común. Se prefirió expulsarlo antes que castigarlo. Poderosas influencias así lo dispusieron. Era un personaje indispensable en el escenario de la política internacional. De ser el hijo de un honrado comerciante nunca habría despertado tantas simpatías ni hecho gravitar en su favor tantas influencias.

PARIS - AMSTERDAM - SOUTHAMPTON - LONDRES - N. YORK, 1892 a 1910

Dieciocho años están compendiados en la tercera etapa de su vida.

En París se hace llamar Vizconde de Clinger, entrando en relaciones con los centros militares. Al poco tiempo emprende un misterioso viaje a Amsterdam y a su vuelta a París es nuevamente detenido. Se le acusa de falsificación y de falso testimonio. Pocos meses después lo volvemos a encontrar en Southampton. ¿Qué ha pasado? ¿Fuga, expulsión, intervención de desconocidos mediadores? No se sabe. Lo único cierto es que este hombre, bastardo de sangre imperial según él, poseía la varilla mágica que abre todas las puertas: las de las lujosas mansiones, las adornadas con imperiales escudos de las embajadas, las de los grandes hoteles y, también, los pesados portones de hierro de las cárceles.

Momentáneamente perdimos su rastro, por encontrarlo en 1895 en Nueva York, ciudadano norteamericano, bajo el nombre de "Edgardo de Borbón", hijo del general Alberto de Borbón y de Josefina Paganí, originario de Arco". ¿Es posible creer que la policía norteamericana, tan bien informada siempre, haya extendido un documento de identidad sin tener la absoluta certeza de que era miembro de la familia de los Borbones?

El expreso de Apple Pie condecorado con la cascara de Frá Amarga y Petit Café.

En un periódico doctrinario del 17 de septiembre, el escritor M. Gálvez, en un artículo titulado "Este pueblo necesita ser joven" lanza una serie de brutales contra la juventud en general por la poca beligerancia que ésta le da a la Patria y lo poco que se preocupa de la humanidad en su actual hundimiento económico, social y moral. Al fin de este artículo, el escritor Gálvez expresa:

Algunos escépticos sonreirán de estas palabras, en las que, irónicamente, una proclama un manifiesto personal. Pero no es así. Ni siquiera pretendo que estas sencillas ideas sean mías. Están en el aire, en los corazones de muchos patriotas. El escritor — insignificante episodio dentro de la peregrinidad de la patria — no es sino una de las numerosas voces de que se va-

HECTOR DELCOBRE

su origen. Pese a todos sus esfuerzos, los resultados fueron negativos.

Aprovecha su estada en Europa para trabajar conocimiento con importantes personajes albaneses; y se constituye al poco tiempo en el agente secreto yanqui de un consorcio financiero con múltiples intereses en Albania.

Poco tiempo después lucha contra los turcos al mando de un regimiento de bravos albaneses. Su heroica conducta le vale el honorífico título de "caballero".

Luego es visto frecuentemente en la Riviera italiana, donde lleva una gran vida, una verdadera vida de príncipe. Se dirige luego a Corfú para preparar una expedición contra Essad Pachá; expedición que fracasa lamentablemente.

¿De qué manera lograba Edgardo de Borbón arbitrar los fondos necesarios para estas empresas? ¿Provenía el dinero del consorcio norteamericano? Es poco probable. Mucho más razonable es creer que alguna potencia, que bien pudo ser Austria-Hungría, se viera interesada en la libertad de Albania, para tener así un formidable punto de apoyo en los Balcanes, dominando de este modo todo el mar Adriático, el mar Jónico y teniendo una libre salida al Mediterráneo.

LA GUERRA 1914-1918

La declaración de la guerra lo sorprende en Venecia, de donde desaparece bruscamente.

ULTIMA ETAPA DE SU VIDA: BARCELONA - PARIS, 1920-1932

En España asume una doble personalidad: mientras es admitido en los círculos más cerrados (centros políticos, círculos aristocráticos; su manera de andar con esa modesta altivez de los príncipes; su tranquilo valor y sus condiciones de jefe al guiar a la inmensa población albanesa en su lucha contra los turcos; no podemos dudar de que por sus venas corría sangre de emperadores. Agreguemos, por último, las palabras del erudito francés, Emmanuel Jacob:

"Días pasados, al contemplar los restos mortales del título príncipe de Borbón, meditaba sobre su extraordinaria semejanza con el emperador Francisco José y con el archiducado Otto. La rigidez cadavérica afirmaba de manera notable la similitud de los rasgos, acentuados por los bigotes y las patillas que usaba Liorioli-Borbón."

Su muerte fué como toda su vida: una incógnita. Una terrible incógnita que culminó con la abolición de su existencia. El célebre criminalista francés Moro-Giafferri tras una brillante y extraña defensa, que quedaría como un excepcional ejemplo en los anales de la justicia, obtuvo su libertad: ¡La libertad de una mujer convicta y confesa de su crimen!

Contenta puede vagar por el espacio alma inquieta de Edgardo de Borbón. Su dueño murió como había vivido misteriosamente.

combatir con San Lorenzo o Chacarita Juniors.

En la "Novela Semanal" del 21 de agosto, al pie de una fotografía de la actriz Mae West, hace acto de presencia la explicación que sigue:

Tras una inquietud distinguida, por lo menos, a la que prestigiaba la languidez de la Borelli, el gesto despectivo de los labios de Greta, la niebla de misterio de los ojos de Marlene Dietrich, SATANAS, EN CUERPO DE DIRECTOR DE PELICULAS, la envía a la Tierra para ganar las almas desde el reino de las sombras.

No cabe duda que es a este extraño director a quien debemos algunas recientes películas tituladas:

Madame Satán.
Seguros en el Infierno.
Hermanitos del diablo.
Y otras demoníacas producciones. Próximamente la "Refugium Peccatorum Pictures" estrenará otras buenas películas cuyos títulos estoy autorizado a adelantar. Son éstos:

El convoy de Satanás.
Méfisto, soldado Alpino.
Un Lúbel en el cuchitril.
Lady Mandinga.
La flotilla de Lucifer.

Recomiendo, eso sí, solicitar con anticipación el indispensable traje de amianto incandescente en la reputada casa Cestero y Fratelli para poder asistir a estos estrenos. La incombatible y refractaria sala del "Splendid Fogata" adquirirá los derechos exclusivos para estas producciones.

★
Hoyendo días pasados el número 44 de la revista "Aconagua", mi atención se vió bruscamente atendida por una interesante concurso que se anunciaba en una de sus páginas a grandes letras, decía:

★
¿Quiere Ud. obtener valiosos premios, sin otorgar la posibilidad de tener su suerte en más vastas proporciones? Responda a los Concursos-

★
Aquí comenzó mi desaliento. Si me tocaba la suscripción, bien; si la máquina fotográfica, igualmente bien, pero ¿si el jurado resolvía obsequiarme con una combinación lápiz-lápica, qué iba a ser de mí? ¿No me pasaría los largos años que suman me restan de vida sacándole inútilmente punta a la lapicera y agotando los más caudalosos tinteros para aplacar la sed de, lápiz? ¿Qué terrible confusión sobrevendría cuando fuese necesario cambiarla la pluma al lápiz o renovar el stock de minas del otro ¿fibio? ¿Con qué papel secaría los caracteres de pluma lápiz o con qué goma borrar las manchas de tinta mina? ¿Dónde conseguir la tinta Faber número 2 y los sacapuntas Stephens adecuados? Medité sobre estos inconvenientes y desistí presentarme al concurso.

★
Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

los militares, ateneos literarios), se dedica, por otra parte, al contrabando de armas, llegando a ser el jefe de una importante organización de esa clase.

En Barcelona conoce a Candelaria Brau-Soler, dueña de la pensión donde él se aloja y que más tarde sería su amante y su... victimaria.

Pasan de esta manera cuatro años, hasta que la policía española detiene al "general Edgardo de Borbón" bajo la inculpación de estas reiteradas. Se sabe positivamente que Alfonso XIII interviene en su favor obteniendo que en lugar de ser castigado, se le expulsa.

Paris es su último refugio. Su amante española, Candelaria Brau-Soler, lo sigue hasta allí. Los días trascurren ahora plácidamente para este hombre de vida tan agitada, hasta que, seis años después en agosto de 1932, es degollado con una navaja de afeitar por su amante.

¿Celos, abandono, crimen pasional? La victimaria habló de lucha de un viaje y de defensa propia.

Tal fué la vida y la muerte del "Príncipe de Borbón".

El misterio que envuelve su extraño destino aun no se ha disipado. Son varias las razones que hablan en favor de su principesco origen: su gran cultura; sus conocimientos de las ciencias y de las artes que dejaban estupefactos a cuantos lo escuchaban. Hablaba con la misma facilidad el italiano, el alemán, el español, el inglés y

modales aristocráticos; su manera de andar con esa modesta altivez de los príncipes; su tranquilo valor y sus condiciones de jefe al guiar a la inmensa población albanesa en su lucha contra los turcos; no podemos dudar de que por sus venas corría sangre de emperadores. Agreguemos, por último, las palabras del erudito francés, Emmanuel Jacob:

"Días pasados, al contemplar los restos mortales del título príncipe de Borbón, meditaba sobre su extraordinaria semejanza con el emperador Francisco José y con el archiducado Otto. La rigidez cadavérica afirmaba de manera notable la similitud de los rasgos, acentuados por los bigotes y las patillas que usaba Liorioli-Borbón."

Su muerte fué como toda su vida: una incógnita. Una terrible incógnita que culminó con la abolición de su existencia. El célebre criminalista francés Moro-Giafferri tras una brillante y extraña defensa, que quedaría como un excepcional ejemplo en los anales de la justicia, obtuvo su libertad: ¡La libertad de una mujer convicta y confesa de su crimen!

Contenta puede vagar por el espacio alma inquieta de Edgardo de Borbón. Su dueño murió como había vivido misteriosamente.

combatir con San Lorenzo o Chacarita Juniors.

En la "Novela Semanal" del 21 de agosto, al pie de una fotografía de la actriz Mae West, hace acto de presencia la explicación que sigue:

Tras una inquietud distinguida, por lo menos, a la que prestigiaba la languidez de la Borelli, el gesto despectivo de los labios de Greta, la niebla de misterio de los ojos de Marlene Dietrich, SATANAS, EN CUERPO DE DIRECTOR DE PELICULAS, la envía a la Tierra para ganar las almas desde el reino de las sombras.

No cabe duda que es a este extraño director a quien debemos algunas recientes películas tituladas:

Madame Satán.
Seguros en el Infierno.
Hermanitos del diablo.
Y otras demoníacas producciones. Próximamente la "Refugium Peccatorum Pictures" estrenará otras buenas películas cuyos títulos estoy autorizado a adelantar. Son éstos:

El convoy de Satanás.
Méfisto, soldado Alpino.
Un Lúbel en el cuchitril.
Lady Mandinga.
La flotilla de Lucifer.

Recomiendo, eso sí, solicitar con anticipación el indispensable traje de amianto incandescente en la reputada casa Cestero y Fratelli para poder asistir a estos estrenos. La incombatible y refractaria sala del "Splendid Fogata" adquirirá los derechos exclusivos para estas producciones.

★
Hoyendo días pasados el número 44 de la revista "Aconagua", mi atención se vió bruscamente atendida por una interesante concurso que se anunciaba en una de sus páginas a grandes letras, decía:

★
¿Quiere Ud. obtener valiosos premios, sin otorgar la posibilidad de tener su suerte en más vastas proporciones? Responda a los Concursos-

★
Aquí comenzó mi desaliento. Si me tocaba la suscripción, bien; si la máquina fotográfica, igualmente bien, pero ¿si el jurado resolvía obsequiarme con una combinación lápiz-lápica, qué iba a ser de mí? ¿No me pasaría los largos años que suman me restan de vida sacándole inútilmente punta a la lapicera y agotando los más caudalosos tinteros para aplacar la sed de, lápiz? ¿Qué terrible confusión sobrevendría cuando fuese necesario cambiarla la pluma al lápiz o renovar el stock de minas del otro ¿fibio? ¿Con qué papel secaría los caracteres de pluma lápiz o con qué goma borrar las manchas de tinta mina? ¿Dónde conseguir la tinta Faber número 2 y los sacapuntas Stephens adecuados? Medité sobre estos inconvenientes y desistí presentarme al concurso.

★
Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la... gloria
con la fortuna... barrea
con ambiciones... croquetetas
Con vicios y... maftalina
Pero entre los... protozorrios
de tan terrible... malfusa
La mujer es el... acuario
que junto al hombre... se usa.



modales aristocráticos; su manera de andar con esa modesta altivez de los príncipes; su tranquilo valor y sus condiciones de jefe al guiar a la inmensa población albanesa en su lucha contra los turcos; no podemos dudar de que por sus venas corría sangre de emperadores. Agreguemos, por último, las palabras del erudito francés, Emmanuel Jacob:

"Días pasados, al contemplar los restos mortales del título príncipe de Borbón, meditaba sobre su extraordinaria semejanza con el emperador Francisco José y con el archiducado Otto. La rigidez cadavérica afirmaba de manera notable la similitud de los rasgos, acentuados por los bigotes y las patillas que usaba Liorioli-Borbón."

Su muerte fué como toda su vida: una incógnita. Una terrible incógnita que culminó con la abolición de su existencia. El célebre criminalista francés Moro-Giafferri tras una brillante y extraña defensa, que quedaría como un excepcional ejemplo en los anales de la justicia, obtuvo su libertad: ¡La libertad de una mujer convicta y confesa de su crimen!

Contenta puede vagar por el espacio alma inquieta de Edgardo de Borbón. Su dueño murió como había vivido misteriosamente.

combatir con San Lorenzo o Chacarita Juniors.

En la "Novela Semanal" del 21 de agosto, al pie de una fotografía de la actriz Mae West, hace acto de presencia la explicación que sigue:

Tras una inquietud distinguida, por lo menos, a la que prestigiaba la languidez de la Borelli, el gesto despectivo de los labios de Greta, la niebla de misterio de los ojos de Marlene Dietrich, SATANAS, EN CUERPO DE DIRECTOR

EL CASO DE UN MAGO ★ por Frank Laurich

ILUSTRACION DE KECHAIN

ALLA, por los albores de la decadencia final del Medioevo hizo su aparición en el tinglado revuelto de la península Ibérica, una figura singular y hasta cierto punto extraño, que fue cobrando rápidamente relieve y que llegó a apasionar todas las opiniones fáciles de dejarse influir ante la evidencia de algo sobrenatural o simplemente incomprendible.

Rómulo Grisbone, así era el nombre de este extraordinario sujeto que de la noche a la mañana vio encumbrada su personalidad al pináculo de la fama, cuya vida desordenada, irregular e imprecisa polarizó los comentarios de Madrid, Barcelona, Jaén, Málaga, Zaragoza, Sevilla y otros principales centros urbanos de habla española de la época de estos acontecimientos.

Corría el año 1461, siendo a la sazón rey de León y Castilla Enrique IV, cuyo turbio reinado de 20 años (1454-1474) característico por las circunstancias especiales que lo acompañaron, le costó el calificativo de "El Impotente" y cuya semblanza, aunque ajena a este relato, es conveniente darla para formarse conciencia justa del ambiente, de las costumbres y los diversos factores de interés relativos a tan lejana época.

Enrique IV fue llevado al poder a los 30 años de edad, caso con doña Juana, hija de Juan I de Navarra, pero por razones íntimas y desconocidas, deshizo el matrimonio, volviendo a contraer segundas nupcias con doña Isabel de Portugal, mujer hermosa, pero de una moral en completa discordancia con su siglo.

Este matrimonio se asemejó mucho por su liberalidad a los de la época presente, estilo Hollywood. En la corte eran a todas luces vistas las relaciones demasiado íntimas del rey con una tal doña Guiomar, dama de honor de la reina. Esta, por su parte, ni corta ni manca, imitó y aun superó los desmanes del rey. Al poco tiempo del matrimonio tomó como favorito a Beltrán de la Cueva, noble y gallardo caballero castellano.

Habiendo poco después dado a luz una niña, ella misma lo nombra conde de Ledesma y luego maestro de Santiago, y la voz pública tan propensa a hacer correr los menores rumores de la corte, vio con malicia esta conducta acabando por atribuir a Beltrán la paternidad de la niña Juana, conocida más tarde por la Beltraneja.

Estas complejidades palaciegas no son más que un reflejo de las agitaciones bélicas porque atravesaba el reino.

Ya desde 1455, Enrique IV se había obligado a poner un numeroso ejército en pie de combate para hacer frente a las continuas provocaciones del rey de Navarra, que por aquel entonces era su más encarnizado enemigo.

Pero mientras combatía a sus enemigos, en el seno mismo de sus dominios más adictos al alzamiento vino a desconcertarlo aún más. Habiendo demostrado predilecciones hacia determinados plebeyos como ser Miguel Lucas Izco, a quien elevó a condestable de Castilla; a Gómez de Sotomayor, maestro de Alcántara, etc; se granjeó por tal motivo la enemistad de algunos nobles que no le admitían tal proceder.

Se formó a tal efecto una "Liga de Tudela" para combatirlo, reuniendo en su seno entre otros a Juan de Pacheco, marqués de Villena, y al rey de Navarra y Aragón, por la muerte de Alfonso V, "El Magnánimo" (1460).

Las cuestiones de esta analogía acostumbraban ser puestas al arbitraje de Pío II, a la sazón pontífice, pero, generalmente, antes que se produjera su intervención, ya las habían arreglado por su propia cuenta a la buena o a la mala.

Era esta una época de más recia preponderación religiosa en las masas.

Bosquejados en esta forma bastante pálida, comparada a la realidad, las circunstancias que atravesaba el reino de Castilla y León y en general todas las pequeñas monarquías de la península Ibérica, por sus múltiples y contiguas reyertas y acaso por ese espíritu exaltado ávido de incidencias, peculiar de la edad media, hacemos la introducción de Grisbone en escenario tan poco propicio tanto más cuanto que sus actividades estaban en completa discrepancia con el fervor místico, rayano en fanatismo y la preponderancia de factores oligárquicos, que tarde o temprano le resultarían forzosamente adversos, como más tarde veremos.

Rumbo a las alturas

El carácter de sus actividades despertó primero la curiosidad, llamó luego la atención y tan singularmente pronto se tejieron en torno de su persona los más variados comentarios.

Tales decires degeneraban hasta atribuirsele a este sugestivo personaje poderes diabólicos, concepción elementalmente primordial, mas por otra parte explicable, dado el bajo nivel intelectual de los hombres de aquel siglo.

Su existencia, por otra parte, extraña, era más bien un continuo viaje y tan pronto actuaba en una ciudad, como emprendía apresurado viaje rumbo a otra, asombrando al público, que llenaba parcialmente las salas, impacientes por constatar la magia de su poder como transmisor de pensamientos y otras especialidades de su repertorio realmente vasto.

Tal es así, que en el año y pico de sus actividades, actuó en casi todos los principales centros urbanos de la península.

Un punto íntimo de su vida y ligado a ella con lazos inviolables fue una mujer, cuyo nombre jamás vino al caso y que las versiones antojadizas e injustas, incapaces quizá de averiguarlo, aun dejado sepultado en el más negro de los olvidos.

Su vida y la del aventurero eran una misma cosa. Un mismo misterio los rodeaba y el populacho hacía lo imposible por descifrar el enigma que encerraban sus vidas, cuya intimidad nunca pudo trascender más allá del espectáculo habitual y de sus viajes que semejabán fugas.

Esta conducta inteligentemente misteriosa, producía sus resultados positivos desde el punto de vista material.

Las salas llenas no se cansaban de escuchar, en el espectáculo de transmisión de pensamiento que era su punto fuerte, la voces de atención dirigidas a su bella colaboradora, que, vendados los ojos, previa constatación del público desconfiado, como es de rigor en esta clase de sesiones y de espaldas al auditorio, respondía con voz lejana, hueca, automática y exactamente una por una las preguntas, aún las más inverosímiles.

La pendiente fatal

Fue a fines de 1461, en circunstancias que Enrique IV con el deseo de exterminar la Liga de Tudela que ya amenazaba seriamente su estabilidad, firmó alianza con el príncipe de Viana, hijo del rey de Navarra y en guerra con él, ofreciéndole con ánimo de ganar su voluntad, la mano de su hermana, la princesa doña Isabel.

Establecida la alianza, marcharon sobre Navarra y se apoderaron de Viana. Pero en la refriega muere el príncipe y doña Blanca, esposa anterior de Enrique IV y legítima heredera de Viana, en vista del repudio que el pueblo manifiesta renuncia a la corona en favor de su ex esposo, al mismo tiempo que los partidarios del extinto príncipe se sublevaron contra don Juan, ofreciendo a Enrique IV la corona de Cataluña.

En tan favorable posición el rey amplió su corte, confirió mayores poderes a algunos de sus más adictos súbditos, pero su optimismo le duró poco, porque más tarde el rey Luis XI derribó



el castillo de naipes de sus ambiciones con un fallo desastroso en 1463.

Mas volvemos a Grisbone. Fue el destino y no pudo ser de otro modo. En las más caracterizadas esteras de la nobleza predominante, comenzó a cundir cierto fastidio por la popularidad de este hombre, que surgió del anonimato, polarizaba ya la atención general.

Pero esto no le duró mucho, desgraciadamente. Con la misma vertiginosidad con que había ascendido, vio un día cundir la maledicencia a su redor y que pronto fue tomando carácter de amenaza.

Se le increpó de mago, de demonio o al menos pactante suyo y a pesar de que las salas en que se presentaba se llenaban hasta lo imposible, lo comenzaba a conmovir hondamente la visión de la amenaza que iba tomando cuerpo y que se cernía ya sobre él.

El ambiente se hacía insoportable. En una de sus fugaces estancias en Madrid marzo de 1462, debía presentarse en una de las más famosas salas de dicha urbe.

Eran las diez de la noche y el público que ocupaba parcialmente el Coliseo Real daba evidentes muestras de impaciencia. ¿Qué pasaba?

Algo explicable para todos, pero que nadie quería comprender.

Rómulo Grisbone no se presentaría aquella noche, por causa de fuerza mayor, tales fueron las palabras del enloquecido aprensivo.

Se realizaron posteriores averiguaciones para establecer las causas de su abstención y se supo que horas antes había partido con rumbo desconocido.

Este fue el golpe de gracia. La maledicencia impulsada y alentada por fuerzas y jerarquías tanto seculares como civiles interesadas, se alzó más potente que nunca. Caldeados los ánimos, el pueblo pidió a gritos la cabeza del "endemoniado mago".

Apresuradas diligencias se llevaron a cabo para localizar o al menos establecer su paradero posible, pero todo resultó estéril.

Hasta que dos meses después de estos acontecimientos que dejamos expuestos, se esparció un rumor insistente, afirmando que Rómulo Grisbone y la mujer en cuestión habían sido reconocidos en Jaén sumidos en la más negra miseria. Se despacharon de Madrid urgentes comisiones para impedirles otra huida, sin embargo, estas llegaron tarde.

Por algunos datos recogidos, se supo que habían tomado rumbo a Jimena, de allí a Marcha Real y por último a Malgibay, donde se les dio alcance. Los aldeanos enfurecidos y cegados por el ejemplo del contingente, quiso estrangularlos.

Hombres humildes, sencillos, embuidos de religiosidad en fanatismo, cuando tuvieron conocimiento de la relación existente entre Grisbone y el diablo, su indignación y horror sobrepasó todos los límites, llegando hasta lo indecible.

Y así fue como la humilde y tranquila aldea de Malgibay vio un día rubio de mayo, sin haberlo esperado nunca, alzarse uno de los primeros patibulos de la muerte en su placita hecha para las caricias del sol.

Íntiles fueron las explicaciones y súplicas de Grisbone, no se le quiso oír. Era pecado. Así terminó aquel aventurero sus obras, salpicadas de lágrimas y sonrisas.

Durante el día, pasado en un calabozo improvisado, escribió para los hombres que no temiesen oírlo y que lo comprendiesen, las siguientes declaraciones, que lo desheredaron de la inmortalidad a la que con misteriosa vida se había hecho acreedor:

"Hundido en este infierno al que la humanidad tan injustamente me condena, no logrando ser atendido, quiero dejar para la posteridad consciente, aclarada mi situación y mi paso por la "vida".

Y después...

A grandes y nerviosos rasgos detallaba la razón de la rara conducta que primó en su vida, explicándola como una propaganda poderosa y sus actividades, manifestando que, como es natural, todo secreto subyuga y atrae.

En su especie de autobiografía sintética, aclaró que si jamás ha querido aceptar propuestas extranjeras, aunque muchas de ellas han simbolizado verdaderas fortunas, no la ha hecho por razones obvias, explicables en su confesión inmediata del aparente misterio de su arte... y reza así, a manera de exordio:

La naturaleza además del nabo y de la comprensión ha dotado al hombre de la facultad de un subentendimiento o simplemente doble. De allí que cualquier hombre que preste atención, en una palabra amable, expresada con delicadeza, descubre muchas veces un insulto.

Aprovechando esta facultad del doble entendimiento, confiesa haber realizado su arte. En 1847 S. A. J. M. de Barcelona, publicó un tratado completamente renovado, pero sobre las mismas bases, de donde extraemos lo fundamental, por ser más claro y práctico que las confusas confidencias postumas de Grisbone.

El secreto

El expectador en las interrogaciones reglamentarias del "mago" no nota nada de particular, y sin embargo, por ejemplo: ¡Mire, pues, digo, ¿qué tengo en la mano?, está la clave. "Mire" representa la letra A; "pues", la N; "digo", la I, de lo que el auditor experto deduce y responde: "Anillo".

Las reglas factibles de infinitas modificaciones, hasta su perfección, sintéticamente son éstas: Forman este idioma 5 vocales y 11 consonantes, suprimiendo los demás por tener analogía fonética, como ser s-z; g-j; c-k; l-l, etc. Cada letra tiene su palabra simbólica, debiéndose marcar los acentos y las pausas distintivas con precisión. No hay necesidad de expresar toda la palabra; una simple sugerencia no deja lugar a confusiones y facilita la labor del artista.

Vocales: Mire A; atención E; Ud. I; vea O; atiende U.

Consonantes: ¿Lo qué? B; ¿qué? C; ¿qué es? F; pues G; pues L; pues siga M; pues oiga N; ¿cuál? P; ¿cuál es? R; ¿cuál es? S; ¿cuál es? T.

fillo; qué color, verde. Para morado, azul, violeta y colorado se empleará la voz "diga" y luego "el, su, cuál y qué color, respectivamente. Lo mismo para el amarillado, carmesí, cereza y lila, pero en lugar de "diga": "me dirá". Pardo, rojo, gris y verde gris digame. Safia, celeste, encarnado y bronce: "tenga el bien decirme". Castaño, cobrizo, rosado y pajizo: "sírvasse decirme" el, su, cuál y qué color, respectivamente, como en los casos anteriores.

Flores: Alelí y Amaranzo se expresarán con las siguientes voces: "Indique" el y su nombre, respectivamente. Anémoma y Azakar: "diga". Azucena y clave: "me dirá". Girasol y jazmín: "sírvasse". Lirio y rosa: "tenga el bien decirme". Tulipán y violeta: "sírvasse decirme" el y su nombre, respectivamente.

Como hemos expresado, esto es una simple síntesis de la ciencia en la que Grisbone y su colaboradora se habían perfeccionado tan altamente, que entre ellos existía una comprensión comparable a la conversación corriente.

Unos buenos ejemplos van a continuación que son lo suficientemente elocuentes como para ponderar la facilidad de esta ciencia:

—Mire (a) lo que (b) es el caballero! ¡Vea (o) indique pues (g) su profesión.

—Abogado.

—Sírvasse (6) indicar ahora sus años de práctica, seis.

—Dígame (1) ¡atención! (0) el día de este mes que informé. El diez.

—Los años, los que (3) cuenta? Treinta.

—¿Qué (c) estado tiene? ¡Mire! (a). Casado.

—Me dirá Ud. (0) pues si tiene hijos. Sí.

—Dígame (1) su número. Uno.

—Pues (2) diga (1) los años de su esposa. Veintituno.

—Indique los años que (3) está casado. Tres.

—Ahora pues, ¡oiga! (m) ¡mire! (a) dirá cual (t) es el nombre de su esposa. Matilde, etc.

Epílogo

Rómulo Grisbone se abstuvo de confesar su secreto hasta el último momento, hasta que no vio que todo intento de liberación era inútil, fundándose en razones fáciles de deducir. Una confesión temprana habría arruinado irremediablemente su vida. Descubierta la vulgaridad de la patraña el hambre y el desprecio no se harían esperar, y él había volado muy alto.

Conservó ese aire de misterio que le había dado la gloria hasta el final y cuando quiso abandonar lo no escucharon. Fue ejecutado el 20 de mayo de 1462 y de su gloria fugaz no quedó más que el recuerdo. En cuanto a la compañía inseparable y fiel de su vida y de sus aventuras, por una actitud extraña e inexplicable, acaso por ser mujer, fue puesta en libertad poco antes de la ejecución del "misterioso mago", pero cuando volvieron más tarde por ella la encontraron muerta. Muchos afirmaron "eran una misma persona", pero, estas suposiciones no pueden haber sido ciertas. Posiblemente se había suicidado.



LAS PELEAS DE LINCOLN

Ilustración de PREMIANI

NO se puede negar la influencia benéfica que ejerce sobre la mente la práctica, y la educación del músculo, cuando nos enteramos de la necesidad que tuvo Milton de hacer transpirar sus descarnadas y dormidas piernas, para poder adquirir la suficiente robustez que tan indispensable le era para resistir la pesada tarea que significaba escribir páginas de valor grandioso como son las del gran poeta e historiador. Son de él estas palabras: "cuando muy joven, en la escuela, era tan débil y delgado, que me llamaban la señorita; lo cual me amargaba profundamente". Pero su voluntad adquirió al hombre. Al poco tiempo, mediante una metódica gimnasia, según nos lo cuenta, alcanzó a poseer un físico absolutamente en divorcio con la ridiculez.

Benjamin Franklin, era de una contextura física envidiable. Bien claro se refleja esta condición en los innumerables bustos y retratos que de él existen. No tuvo necesidad de dedicarse a ninguna clase de deportes, ya que la diosa Misericordia se lo impuso sin consultarle si le era o no de su agrado. Su fama de andarín, allá por su juventud, cuando garroneaba los 18 años, era bien difundida. En sus libros se pueden leer estos párrafos: "Me tocó hacer un viaje a pie, desde Amboy a Burlington, con tan poca suerte que se desencadenó una tempestad y la lluvia me caló hasta los huesos y al mediodía me sentía muy fatigado". Pero, a pesar de ello, el gran luchador de la independencia americana recorrió 60 millas en menos de dos días.

Tengo encasillados en el archivo de mi memoria, muchos nombres de esos que componen la gran legión de talentosos benefactores de la humanidad, pero el espacio de esta nota no es el suficiente para ellos, y, además, por ser el propósito esencial de ésta poner en contacto con el lector al perfecto atleta que llena la vida de la biografía de Abraham Lincoln.

Lincoln fué un gran campeón de lucha

Embolsemo los años. Estamos sentados en la butaca de un cine imaginario. Sin otra música que el susurrar constante del Kentucky, ni más espectáculo que lo forestal impenetrable y misterioso, con sus copudos árboles y chirriantes bestias y el capote inmenso del cielo. Allí está enclavada en la lujuria salvaje de tanta naturaleza, una rústica choza. Laten en ella tres corazones. Un padre y tres hijos. No tienen más amigos que un hacha, un fusil, dos perros y unos libros. Uno de los hijos; Abraham Lincoln (Abe).

El fusil sale todas las tardes con Abe. Es un niño de una puntería extraordinaria. Feliz esa familia, con un miembro de condición tan positiva, ya que la mayoría de las provisiones la constituye la caza. Don Thomas Lincoln, vive encantado con su hijo Abe, por su despierta inteligencia, su amor a los libros, y porque no tiene vecinos más hábiles en el manejo de las armas.

Con un hijo así hay que buscar nuevos horizontes. Y don Thomas ya ha construido su nueva "long house" en la ribera del Sangamon, muy cerca de Springfield, en el Estado de Illinois. Laten muchos deseos en el inquieto cerebro de Abe; muchacho ya. Uno de ellos, el ser campeón en alguna rama del atletismo. Y no en aquellas donde es necesario hacer gala de habilidad y perspicacia. No, precisamente, todo lo contrario. Sólo fuerza y valor. Eligió la lucha como su especialización. Así imberbe aún, cuenta fama como el luchador más fuerte del Estado. Y no sólo supera a sus contrincantes en la lucha, sino que lo consigue también fuera de lo que era su especialidad; en salto, carrera y lanzamiento.

Otra vez el alma gitana de don Thomas se pone de manifiesto. Buscando siempre un horizonte más amplio, su vista va a posarse en Nueva Salem. Allí dirige con los suyos sus pasos, aumentada su prole con nueve hijos de su segunda esposa, impregnados todos de su optimismo puro y luminoso como un sol matutino sereno. Ya en Nueva Salem, sin abandonar sus libros y su trabajo Abe, continúa colocándose diariamente un taparrabos. Y es aquí donde su renombre deportivo adquiere un carácter extraordinario. Se le considera imbatible, en su especialidad, la lucha y demás juegos. Se encuentra en la plenitud de sus formas. Posee 1.88 de estatura; aunque no grueso, es toda fibra, marcando en la balanza 91 kilos. Es todo un héroe. Nueva Salem lo ha elevado a la categoría de héroe de la fuerza. No encontrando competidores en el campo atlético, los sale a buscar en los montes adyacentes, entre los rudos leñadores. Y también ha podido con ellos. No hay nadie capaz de clavar el hacha en el tronco de un árbol más centímetros, como lo son sus brazos. No quiere dejar duda respecto al poder extraordinario de su físico. Con todo lo incómodo que significa, se carga a sus hombros un gallinero, cuyo peso es superior a trescientos kilos, y deja en el suelo tan pintoresco cargamento, después de haber recorrido una respetable distancia.

Una lucha y un proceso

Clary's Grove! Una barriada de la ciudad, con el colorido característico de todo barrio portuario americano. Casitas bajas y claras. Sencillos como las gentes que las habitan. Callejuelas blancas y serpenteantes. Borneadas con el cordón amigo y verde de los árboles verdes. Hay como en los arrabales de todas las ciudades del mundo, muchachos desocupados y guasos. Dispuestos siempre a la toca humorada. Tienen constituida su gavilla que entreteje sus ocios con un divertimento y económico espectáculo. Consiste en maniatar a cualquier desprevenido ciudadano y me-



Toledo, Indianápolis, Cincinnati, Columbus, etc., han admirado la fuerza y destreza del poderoso gigante, el único que regresó a Nueva Salem con el título de invicto.

Una proclama, cual una clarinada en la noche, ha sacudido la paz ciudadana. El temible jefe indio, Halcón Negro, prepara sus huestes. El gobierno necesita hombres valientes dispuestos a derramar su sangre. Entre los primeros voluntarios que acuden al llamado, se encuentra Abraham Lincoln. Le confían el cargo de capitán de Voluntarios. Tiene sobrados méritos para ello: inteligencia, fuerza y valor, trilogía del perfecto soldado. Aquí comienza una de las más encarnizadas luchas, sostenidas en pos de la sumisión de los indígenas, de que dan cuenta las páginas de la historia norteamericana.

Thomson, el hombre que venció a Lincoln

Al ingresar Lincoln al Ejército, lo hace precedido de una extraordinaria fama. Se le cree el luchador más fuerte — por sus repetidas hazañas — de los Estados Unidos. Se duda poderle encontrar un adversario capaz de resistir su empuje. Sin embargo un día le sorprende un desafío. Es el campeón de lucha de las regiones occidentales. Como Lincoln, también pertenecía al ejército. Se llamaba Thomson. El encuentro queda concertado. Como es de imaginarse, una gran expectativa se cierne en el ambiente. Provoan acaloradas discusiones y hasta se cruzan fuertes apuestas. Lincoln no deja de poner de manifiesto su fe en el triunfo y más aún, afirma que derrotará fácilmente a Thomson. En un ambiente caldeado la lucha se inicia y bien pronto Abraham se da cuenta

que su adversario no es tan fácil presa como lo había supuesto. Lincoln sufre su primera caída y vislumbrando su derrota se dirige a sus amigos: "Es el hombre más fuerte que me ha enfrentado, creo perderán las apuestas a menos que me mantenga a la defensiva". Vuelven a la lucha; esta vez cuidando de zafarse de su contricante hasta encontrar una oportunidad propicia para emplearse, pero en uno de sus hábiles movimientos Thomson logra engancharle la cabeza. Lo arroja al suelo. Al caer Lincoln lo hace también aquel, eso sí, en forma ventajosa. Con estas dos caídas de Lincoln, queda definida la lucha. Pero sus amigos pretextando que la segunda ha sido dudosa empiezan a profirir insultos contra el árbitro y parciales de Thomson. (Ya en aquellos tiempos era arriesgado ser referee!...) Agritados los ánimos, la lucha amenazaba tomar carácter general, cuando se yergue en medio del tumulto, no sin dificultad, Lincoln, y levantando los brazos impone seriedad, exclamando con esa honradez que le fue tan característica en todos los actos de su vida: "Muchachos, este hombre me ha echado al suelo la primera vez de un modo indudable y también esta segunda vez; mi caída aunque no lo parezca, ha sido completa. Thomson me ha derrotado!..."

Así fué vencido Abraham Lincoln. Ese hombre excepcional que enérgico con su vida esta trilogía: primero en las justas deportivas, primero en los campos de batalla y primero en las lides políticas. Si el brazo armado del fanático Wilkes Booth, que disparó contra quien tuvo el honor de ser por dos veces presidente de uno de los países más poderosos del globo, no hubiera logrado lo que desgraciadamente consiguió, estoy seguro, que esa preciosa vida, se hubiera apagado mucho más allá de los 56 años. El Dios de los Esclavos, a esa altura de su vida, era poseedor de una salud digna de envidia.

tiéndolo dentro de un tonel, lo largan de lo alto de unos barrancos. Es de imaginarse la poca gracia que causan tales descensos al individuo que le ha tocado por fortuna caer en manos de estos pilletes. El jefe de esta pandilla, llamado Armstrong, muchacho mandibulado, de simia apariencia, siempre con una carcajada lista para festejar un incondimentado chiste, no puede consentir que haya alguien a quien se le califique el más fuerte de la región. Convencido de que en lucha singular saldrá derrotado, planea la forma de ridiculizar a Lincoln. Nada mejor que someterlo a varias descensos.

Es una noche plateada. Una noche a luz y sombra. Un grupo silencioso escucha con atención. Armstrong es el sindicado para atacarlo. Se lucha. Lincoln lo ha atenuado con su brazo derecho. Los sucesos del atacante le empujan en el valiente Abe; pero esto, haciendo uso de todos sus medios, sabe defenderse sin soltar su presa, cuya lengua puja por salir del estuche de su boca. Bien pronto se convencen todos que no lograrán nada con el gigante, como no sea enfurecerlo. Los pandilleros se ven en el trance de desplegar la bandera blanca. A raíz de este incidente Armstrong se convierte en el admirador y amigo más grande del poderoso Abraham. Años más tarde, Lincoln — abogado ya — en Sangamon, en un celebre proceso, salva de la horca a un hombre. Es un hijo de Armstrong...

Invencible el luchador, ingresa al ejército

En Nueva Salem, se constituye un equipo atlético para competir con los formados ya y a formarse en las demás ciudades de los Estados vecinos. Lincoln es nombrado capitán en virtud de ser el más completo y meritorio de los atletas que integran el equipo de Nueva Salem.

ALFREDO SANTOS PRESSACO

EL CORDON

FERNANDO Conde de Vargas, de niño sólo conoció el cariño y la solicitud de sus tías maternas, las de Tristán, pues sus padres murieron siendo él aún una criatura; estas tías, solteronas ambas, fueron criándolo en la religión de sus mayores, devotas todas del Dios Apellido y de San Peregino. Pocos amigos tuvo en su pueblucho de provincias, en razón de que pocas familias de alcurnia había en él; jamás sus tutoras permitieron que el pobre Fernando tomara contacto con los muchachos del pueblo, y fué así como no llegó a conocer ninguno de los juegos infantiles, mas, en cambio, desde que aprendió a caminar, supo de memoria los actos heroicos en que fueran protagonistas sus nobles antepasados. El rescate y la rayuela eran para él pecados mortales y un día que encontró junto a la vieja casaca de sus tías un trompo, creyó que era un limón seco, tan poco lo conocía.

Aprendió las primeras letras en su pueblito, bajo la dirección de un viejo maestro rural, y a los doce años fué enviado por sus tías a la capital de la provincia, a fin de que siguiera estudios superiores; paró en casa de una familia de antigua amistad con la suya y como ella de limpio abolengo. A los diez y siete años regresó a su pueblo, más instruido, más cetrino, más retraído y también más infatuado.

Luego de unos meses de respirar el halo histórico de sus buenas tías, Fernando emprendió viaje a la capital del Reino, dispuesto a doctorarse en leyes y darle, si así fuera posible, mayor lustre a su ya linajuda alcurnia.

Seis años estudió, habiendo conseguido sólo llegar al tercer curso de su carrera; pero a pesar de eso, y debido a la inaudita constancia de sus tías, que no dejaron un minuto de escribir a todos sus parientes y amigos solicitando ayuda para el oscuro estudiante, éste fué nombrado en un cargo diplomático.

En su pueblo, sus excelentes tías y colaboradoras, rugieron de alegría, lloraron con la solemnidad debida e invocaron los manes todos de sus ascendientes en pro del triunfo del novel diplomático; ambas escribieron a Fernando y ambas le aconsejaron sumar a su muy noble patrimonio el no menos noble y expectable de su madre, a fin de estar más a tono con la importancia de su nueva situación, cominándole, asimismo, a que en todo momento supiera seguir la línea de conducta digna de las Vargas y los Tristán.

Pronto se hizo notar el buen Fernando por su empaque y su estiramiento; nunca dejó, en las reuniones a que lo obligó a acudir todo su orgullo y tanto llegó a asemejarse, en su afán de imitar la prestancia que tantas veces admiró en los daguerrotipos que sus tías conservaban como reliquias, que al verlo uno creía encontrar se ante uno de esos muñecos engollidos que lucen sus caras de hipocriáticos entre los cuatro palos de un cuadro de museo.

Un día partió, en calidad de representante, a un reino amigo, llevando sus maletas repletas de petulancia y egolatría.

De entrada impresionó a todos los funcionarios que tuvieron que tratarlo; con esa estampa, con esa expresión monumental, no podía ser sino un notable diplomático y así fué que poco tar-

daron en saber sus apergaminadas tías que su sobrino, el gran Fernando, en atención a sus notables condiciones, había sido condecorado con la Cruz de San Malaquías y el Cordon Bleu de la Orden de San Tón. Al poco tiempo lo agraciaron con el Cordon Rouge de los Caballeros de Primera y no había transcurrido un año de tal distinción, cuando su patria le otorgó el Gran Cordon Violeta y el reino en que estaba destacado le confirió la Cruz del Sur y el Cordon del Noroeste, en virtud de los eminentes servicios que tal vez un día llegara a prestar el joven Conde.

El novel diplomático se hizo famoso en todas las esteras por tales distinciones; su pecho se hallaba materialmente cubierto de medallas y cordones de los que no se desprendía nunca y por los cuales llegó a tener mayor veneración aún que por sus excelsos antepasados.

En el Conde de Vargas y Tristán los cordones se habían convertido en una obsesión, y así fué que trató por todos los medios y apeló a todas sus influencias para lograr que su gobierno y los países amigos le concedieran nuevos cordones honoríficos, hasta que llegó un momento en que el pecho del noble Conde resultó estrecho para llevar tantos colgajos, hasta el punto que, en cierta oportunidad, una marquesa miope se puso a auscultarle, creyendo hallarse ante el escaparate de una tapicería.

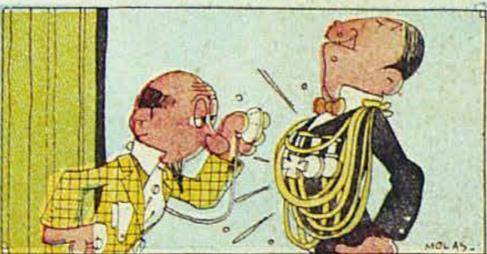
Aconsejado por sus ancianas tías, que allí en su pueblito seguían paso a paso la actuación de Fernando, éste resolvió cambiar de estado, en la certeza de que con ello cobraría más solemnidad, y a tal fin dedicóse a buscar la dama que mereciera compartir su vida de triunfos, y solicitó la mano de una niña descendiente de rancios aristócratas.

Todos los periódicos del reino comentaron, en primera página y con grandes títulos, la brillantez de la ceremonia del enlace del conde de Vargas y Tristán y elogiaron sin reservas la gallarda postura del novio, realzada por el sinnúmero de medallas y cordones que ornaban su cuerpo.

Luego de recibir los plácemes de la Corte, Fernando y su flamante esposa partieron para el pueblo natal de aquel, donde se le recibió con los honores y la pompa debidos a personas de su rango y calidades. Sus tías, enjutas y almidonadas, recibieron a la joven pareja con los brazos abiertos, debiendo decirse que ya se habían encargado de inquirir concienzudamente todo el árbol genealógico de la desposada, que, desde luego, fué de su aprobación y las convenció, más que nunca, del verdadero valer de su sobrino.

Un año pasaron los Condes junto a las buenas tías, y cuando, entre las tristezas de éstas y la pesadumbre de los excelentes vecinos, resolvieron regresar a la Corte, no lo hicieron solos, ya que llevaban con ellos el fruto de sus nobles amores, un querube tan cetrino como su progenitor, y a pesar de sus escasos meses de vida, ya con un perceptible gesto de fatuidad estereotipado en su trágica carita.

A su llegada, a la capital se dió en su honor un baile de gala en Palacio, y cuentan los que a él concurren, que el Sr. conde de Vargas y Tristán se presentó a la fiesta luciendo orgulloso, en su pecho el Cordon Umbilical de su primer hijo.



LUIS AUGUSTO ZELADA

ILUSTRACION DE MOLAS



EL «HARAKIRI»

EN el Siglo XVI, un joven daimio que se llamaba Oda Nobunaga y que vivía en la provincia de Owari, debió su ceder a su padre cuando tenía quince años. Se dedicaba a excursiones nocturnas que empañaban la reputación de su familia. Su tutor, un cierto Hirate Masanida, le presentó una súplica en la cual lo abjuraba a cambiar de vida, y, para apoyar su rogativa, se hizo "harakiri". La historia agrega que Nobunaga se volvió un soberano modelo.

Aun en nuestros días, en el Japón la gente se suicida para hacer triunfar una causa, como si las causas justas tuvieran solamente mártires. El viejo Japón no ha muerto. Los samurais se visten de saco, juegan al golf y hasta beben copetines, pero el fondo de la raza permanece intacto.

Cuando el régimen feudal llegó a su fin y cuando el emperador Meiji abrió el país a la influencia extranjera, gran cantidad de señores se suicidaron para protestar por semejante herejía. Despojándolos de sus tierras, al menos se les había dejado el privilegio de morir noblemente.

Aquel que ha despreñado la muerte se torna un genio familiar. Su ceniza, piadosamente recogida, es conservada en la casa donde él ha vivido. El suicida pierde su designación terrestre, pero entra en el panteón sintiástico. Su nombre en la eternidad es inscripto sobre una tablilla funeraria y sus descendientes le rinden culto. El incienso arde sobre su altar doméstico; cada grano de arroz ofrecido es un ruego que lo fortifica en su potencia espiritual. El héroe muerto es más activo que cuando vivía; antes de morir ya sabe que nada tendrá que lamentar. El banquero en quiebra rehabilita su memoria. Lo mismo el estudiante que ha fracasado en su examen; el criado que deja entrar un ladrón a la casa confiada a su custodia; todos los que han fatigado a su deber o a su honor, no deben vacilar en aplicarse el "harakiri".

Hay algunos años, un joven estudiante se introdujo sin permiso en el recinto del santuario imperial, para presentar al soberano una petición contra el gobierno. Llevaba sobre sí mismo una bomba que hizo explotar, y así expió, por el suicidio voluntario, su crimen de lesa majestad.

Hay otros motivos para el suicidio, que la vergüenza o la desesperación. En el Japón se suicidan también por fidelidad; un sirviente por su amo, una mujer por su marido, un vasallo por su señor.

En la falda de la colina de Hinokicho, yo observaba, frecuentemente, una multitud que se apretaba a la puerta de una casita. Me dijeron que se trataba de peregrinos en tren de visitar Nogisaka, la residencia del general Nogi. Su renombre no me era desconocido; se contaba que el vencedor de Port Arthur y su esposa no quisieron sobrevivir a su bien amado Meiji, a ese emperador esclarecido que había dotado al Japón de cañones y ametralladoras.

Sus suicidios tuvieron lugar según el rito del "harakiri". Los esposos se purificaron y vistieron su "hakawa" de ceremonia; después invitaron a un amigo íntimo a darles el golpe de gracia; así abreviados, pero lo esencial era caer honorablemente hacia adelante. Comenzaron por abrirse muy correctamente el vientre de abajo hacia arriba; cuando este rito fué cumplido, la mejor hoja de Kyoto, de filo bien probado, vino a troncharles la nuca. A pesar de todas las precauciones, se encontró la estera manchada y estas manchas de sangre, se conservan aún, como testimonio del sacrificio.

Así me habían contado ese doble "harakiri", pero existe otra versión del fin del general Nogi, o más bien de las razones que lo habían precipitado.

Nogi había hecho masacrar una enorme cantidad de soldados durante la guerra ruso-japonesa, cuyos laureles aún estaban verdes. Se dice que los espíritus de los muertos le acosaban y que él prefirió el suicidio a esta incomodidad. Este rasgo, que difunden personas maliciosas, no es infamante para Nogi; un jefe de ejército, tan escrupuloso, merece que su memoria sea honrada.

La casa de Nogi comprende cuatro piezas; se ven las manchas de sangre, ya empalmeadas por los años y las reliquias del gran hombre, que consisten en un viejo sobretodo y una galera de copa empañada.

Nogi se vestía así para agradecer al emperador esclarecido, pero en el fondo de su alma continuaba siendo un japonés del viejo cuño y daba el constante ejemplo de una perfecta simplicidad.

El culto que se le tributa es de los más pacíficos, tal como lo hubiera deseado. El santuario que le ha sido dedicado es ahora una especie de agencia matrimonial. Allí los hombres encuentran esposas y las mujeres maridos y las parejas se casan sin fastuosidad, como el general vivió.

Así los pequeños dioses del hogar, dan soldados a la patria. La vida sale de la muerte y la muerte de la vida; el ciclo eterno se sucede.

CLAUDIA DENNY
ILUSTRACION DE PARGNOLI